



**PECATA
MINUTA**

pedro rivera

Pedro Rivera nació en 1939. Hizo estudios secundarios en el Instituto Nacional, estudios fragmentarios en la Universidad de Rosario, Argentina; en la Universidad de Chile y en la Universidad de Panamá. Obtuvo premios en poesía y prosa en concursos intercolegiales y en la Universidad de Panamá. Perteneció al Grupo Gaspar Octavio Hernández y dirigió, por varios años, el Grupo Columna Cultural. En 1959 obtuvo una mención honorífica en el Concurso Nacional de Literatura Ricardo Miró con el libro

LA PORTADA ES DE MARIO CALVIT

PEDRO RIVERA

PECCATA
MINUTA

*EDICION DE LA DIRECCION DE CULTURA
DEL MINISTERIO DE EDUCACION*

Panamá, Junio 1970

*Premio Nacional en la Sección
Cuento del Concurso Literario
Ricardo Miró, 1969 — Panamá*

Primera edición.

A LIBIA

VELADA VELADA

Frente a la máquina de escribir la hoja vuela en blanco, picoteada apenas, detenida en el intento, en el preciso instante de la reaparición de la imagen superpuesta en el diván, en negligé, transparentándose poco a poco por encima de la piel coloquial, porosa. La miro sin evitarlo, la miro directo, la miro como debe mirarse el paso de una locomotora desde un balconcillo colonial sin prisa, en acecho, en ascuas por dentro, sólo por dentro, porque la vieja Underwood debe justificarme impresionando la hoja de papel con su tac tac espaciado, ahora remoto, lento.

Le había hablado ya sobre la máquina y ese trabajo pendiente para la clase de Historia mucho antes de que me contara como una confidencia esas cosas abominables entre un alumno y un profesor, y ahora, agazapado detrás del traqueteo de la Underwood, persisto en buscar una relación menos efímera en sus palabras, en el tono cálido de su voz cuando me habla de su viudez y su maternidad frustrada, los años que pasó en un internado de jovencitas regentado por monjas porque los padres pensaban hacer de ella una gran dama y sólo consiguieron prepararla para un matrimonio disparejo con un hombre senil.

“No, no me estorba”, le digo cuando se levanta y rastrea con los pies menudos las chinelas sobre la alfombra y hace la pregunta. Desaparece, la oigo trastear en la cocina. “Sólo agua”, le respondo y la impresión de sus movimientos empiezan a cobrar un sentido incoloro, atiborrado y, sin estar la miro, transfigurarse, dejar de ser lo que es, la profesora taimada, clásica, con la falda corrida más abajo de las rodillas, los anteojos apagando cualquier destello humano sobre un perfil casto y profesional. Eso deja de ser cuando la miro desaparecer y su espalda reverbera el haz de luz oblicua de la lámpara remolinando contrastes de sombra y contornos sin frescura,

grasosos, ruidosamente inmaculados por la abstinencia. Es otra cosa por cierto.

No quiero ni puedo dejar de tocar sus dedos húmedos y fríos cuando me alarga el jai-bol; apenas localizo algunas de sus palabras cuando vuelve a platicar de sus compañeras de internado porque el negligé abierto como una cortina deja en primer plano, un close up por encima del carro de la Underwood, la mitad del muslo impecable, rollizo y esponjoso. El gesto cruel de la mano cuando lo cubre me deja la sensación del ladrón pescado infraganti.

Está parada junto a mí, inclinada sobre la textura borrosa de los tipos (se excusa por lo de la cinta desgastada) y un aroma como de guayaba madura, pútrida, me acaricia como un soporífero: olor suave, animal, apenas diluído en una esencia de jabón fenicado y colonia barata. Está inclinada sobre el texto, la tomaría en mis brazos sin tocarla, la tomaría, de veras, mordiéndola, desnudándola pedazo a pedazo a pedazo, a puntapiés, a dolor mismo, hasta hacerla sentir como yo siento toda la presión de esta prolongada manera de poseerla desde lejos con sólo mirarla y no mirarla, respiraría con fruición los aromas de hembra madura que destilan sus sobacos, lamería las plegaduras de su plexo de matrona

impúber, grasienta. A ella corresponde decidir, empujar la cosa, no dejarla a mitad del camino, carajo, sin irse por las ramas y pasársela denigrando a ese pobre homosexual, colega suyo, por hacer lo que hizo con ese alumno fracasado, y de las trenzas intrascendentes de fulanita en ese asqueroso internado a orillas del mar en donde, entre otras cosas, le enseñaron a pescar un vejestorio, una especie de resfriado varonil, de momia zopenca, de Tutamkamón redivivo (como ella lo describe) incapaz de hacer estallar la maternidad cuando estaba a punto.

La luz baja del techo, retoza en la diversidad, se repliega en las cornizas pálidas, juega a la escondida bajo los muebles sedentarios, proyecta sombras y en toda la estancia tra siegan sin ruido otras presencias, fantasmas barrocos inmersos en la dimensión inmóvil de mi gesto intentando la partida falsa, esperando una palabra de su boca, sin las absurdas remembranzas, definiendo el juego, el ascenso a la etapa menos circunloquial, táctil, de entrega.

Las copias están terminadas. El tema de la plástica ha variado. Opus Treinta en La Menor, dodecafonía vegetal ahora sobre los juegos de infancia y las mordeduras de víboras. La escucho mientras la odio, a la pobre. Tam-

bién empiezo a justificarme y me digo que no valía la pena, es una maldita vieja mantecosa, un témpano. Hasta puedo sonreírme por dentro pensando en la zorra y las uvas verdes, verdes por inalcanzables, y apuro el jaibol, mastico las heces, el hielo, hasta sentir las encías congeladas.

Está conmigo en el umbral, el fin presiento, mi certeza en posición fetal percibe la recámara al fondo del corredor, en la penumbra, la cama estirada como un secreto intangible, sosegado, debajo del bostezo.

LA SORPRESA

Llegaré, siempre a la misma hora. Clara, recién levantada, oliendo a destilería, a hombre, abrirá la puerta, Su rostro ojeroso, feo, manchado de lápiz labial y costras de saliva, se dibujará en la puerta. No dice nada nunca hasta que entra al baño. No cierra la puerta para que pueda oírla: ¿Qué hiciste anoche? ¿Te gustaron los zapatos? Son Florsheim, no los vendas, no tendrás otros en mucho tiempo. En efecto, no los tengo. Los vendí, necesitaba dinero. Pero, ni loco se lo diría. Me creerá el cuento: están en casa, me gustan, son para salir los días de fiesta, tú sabes, los do-

mingos. No, no me creará, no me cree ni pizca, no es tonta. Pero ya está acostumbrada. Bajo la ducha el agua estará mojando su cuerpo, refrescando sus poros, sacudiendo la mugre de hombres, los recuerdos de la noche, ¿cuántos serían? Miraré en su sitio todas las cosas que odio, la plantita de hojas peludas en el pote de la ventana, los almohadones, olorosos a pie, sobre el sofá rojo agrío. El trono de la reina, el Chase Manhattan horizontal, la fábrica del desorden, las sábanas revueltas, húmedas, mi entrañable pensión aguardando por una nueva muda, la diaria. El osito, regalo mío, lo único que ha recibido de mí, en el respaldo de la cama, colgado como un amuleto, no osito como puede verse sino pata de conejo para la buena suerte, sortilegio mágico, conjuro para atraer clientes.

No me quejo, vivo. Es una pocilga, un asco. No los viejos sillones, inculpables, señalados por garras de ratones minúsculos; no los ceniceros de cobre chileno ahitos de pajas y cenizas; no las copas y los litros de Old Parr a punto de volar; no los sostenes sobre la mesa del comedor, los panties. Mi fotografía, mi cara de mozo en la peinadora, un afeitado más, un descuido, un accidente que me identifica, sí. Provoca náuseas. No los engañará a ellos, les dirá francamente: es mi hijo,

tiene quince años, el retrato de su padre, estudia en la secundaria, hará carrera. Alguno de ellos le dará importancia al asunto, o fingirá y, por dentro, "hijo de la gran". No se da cuenta, la pobre. A esos viejos amantes suyos no les interesa sino la madre, su trabajo, la calidad del producto que pagan. Le digo que me la devuelva y se niega. "Me trae suerte," dice. A su edad la necesita, a su edad.

Clara abrirá la puerta. No está sola ni sucia, no está ebria. El rostro, extrañamente limpio, supura fiesta, mañanita mexicana. Pienso por unos instantes en algo remoto: me equivoqué de casa, de madre, pero no. Clara está más allá, en la risa que reconozco hasta de espaldas, en el osito que tiene entre las manos, despellejándose. Me invita, me hala, insiste. No entiendo todo lo que dice. La niego, en presencia de otra persona la niego, no quiero que me vean, que me reconozcan, con la fotografía basta, por Dios. Madre, no me humilles, te quiero mucho madre, pero eso no, no tienes derecho a mezclarme en tus negocios, madre. Me lleva hasta el centro, apenas puedo sostenerme, la cara me mira directamente desde el sofá, sonrío.

—Saluda a Charlie, hijo.

La mano sube hasta la mía, la garra peluda, las extremidades de orangután albino, blancarosa, aprietan mi asco, mi desdén, el vahido, la agrura átona en el esófago, esta vez. Es la sorpresa, el vaticinio de la abuela: "tu madre espera, anda, tiene una sorpresa para tí, pronto dejará esa vida, apura". La vieja alcahuta, mírala, sabía. Dejará esa vida, ¿por qué? Ella la empujó, seguro, le buscó los primeros hombres, la quebró de nosotros, la separó a este piso donde la veo todos los días cuando vengo por el dinero, desde hace años. Así la conozco, no ahora. Ebria, agotada, siempre. Resulta que se acaba, el gringo viejo bobo peludo se encargará de todo, mira. Está bueno eso. Habrá que ponerle música.

—Vivirá con nosotros, hijo — sí, lo sé, mamá — en un apartamento más grande, con la abuela, todos juntos, como debe ser. Se buen muchacho, ¿eh?

Buen muchacho, claro Clara, buen muchacho patón, los Florsheim me quedaban apretados, salí de ellos, pues. Ahora tendré papá fulo, ¿te das cuenta? ¿Quién compra un gringo pendejo? Señora, vendo esta escoba importada, estoy limpio, recoge cualquier basura, se lo aseguro yo. *¿Por qué me preguntas eso? No, Julio, no tengo madre, vivo con*

abuela, y tía. Mejor en tu casa, allá nos vemos, la vieja está enferma, gruñe mucho. No, no los engañé, esa no es mi mamá, muchachos. Es una tía, la visito. No es puta, es mi tía. No le crean a Rafa, es un bateón, no le creas nada, Julio. Y ahora esto, mamá y todo. Sí, muchachos, es mi madre. Pero, es mentira eso que dicen, no era. Lo que pasa es que tiene muchos amigos, la visitaban, eso es lo que ocurría. Lo ven, a mi padre, lo ven. Saben que es mentira, sabrán.

—Nos mudamos lejos, mamá, a otro barrio ¿sí?

—Sí, hijo. Lejos.

—Iré a otra escuela.

—¿Por qué?

—No me gusta esa.

—Está bien, como quieras.

Mamá y Charlie están juntos, en el sofá. El habla mal el español, en cámara lenta, baboso. Ella habla un inglés de okey, when you come back, I see you later, in the night, come to my room, put the money on the table, thanks, inglés de oficio, lacónico. Se entienden, sobro. Los deajo, voy a donde abuela, a contarle. ¿Qué cosa? Ella sabía, la muy.

La vieja alcahueta siempre está adelantada, siempre sabe las cosas antes que uno.

Clara abre la puerta, el mismo gesto en el umbral, el olor de cantina, a hombre, las costuras reseca de la baba nocturna, los rostros del manoseo en la papada, la oreja mordida. Es ella, la misma.

—Pasa, hijo — me dice. — Te tengo una sorpresa, te compre otros zapatos.

EL JUEGO

—Juan, Carlos, entren a casa.

Las sombras encajonadas en la planicie anuncian el desplome nocturno sobre el caserío. Las casuchas de adobe enmudecen en el recogimiento, dispersas, asimétricas. Los perros ladran, los caballos relinchan, las cigarras dominan la vasta neblina, el horizonte de ruidos.

Los niños no contestan, juegan el juego de atraparse, montan simulacros de lucha despiadada sobre el escenario del sueño, en la humedad de la tierra.

—Juan, Carlos, ¿están sordos o se hacen los turulatos? Carástele, les voy a hacer entender con el fueite, ahora verán. No respondo si me obligan. Para los muchachos tercós Dios Santo.

Los niños se acercan. Los ojos de la tía Paulina, en el umbral, descubren la suciedad reciente en las ropas, en los cuerpecitos magullados por el juego.

—Miren nomás como se han puesto, ¡cochinos! Debería darles una tunda orita mismo.

—No la oíamos títa, lo juramos por ésta.

Los niños saben que la tía Paulina no hará nada de lo que dice. Están acostumbrados a esos desplantes fingidos de mal humor. No responden para no hierla. Entran a la casa gozosos, gritando, persiguiéndose, sacándole el jugo al juego quebrado, inconcluso. La tía les observa obstinada, con la huaricha en las manos, distribuyendo una luz pálida sobre los muebles rústicos, las paredes calcáreas, polvosas, y el túnel de tejas en la altura cubierto de telarañas y mugre. La tierra está cuarteada, de reseca, en la estancia, los catres arrimados a la pared, sin estirar, y la tinaja barrigona encaramada sobre un cajón en la puerta que da atrás, al patio. Los niños se desvisten en silencio, comunican alegría sosegada y piensan en las

palabras de la abuela: "si siguen de mal portados los enviaré de regreso a casa, con su mamá, no resisto a los niños picasudos". Les gusta el campo, no quieren regresar tan pronto a la ciudad. La madre les hace falta, la echan de menos, sobre todo en las noches, pero de día es un recuerdo sin matices, suplantado. En la ciudad no tendrán caballos, no tendrán agua de río, amplitud de retozo.

—No pueden acostarse así, mugrientos. Mejor van enfilando pa el ojo de agua, antes de que sea más de noche.

—Hace mucho frío, tía. Nos vamos a entumir toítos.

—Así se pasmen, so pedazos de.

El ojo de agua está a pocos pasos de la casa, bajando. Rebasan la jaula de las gallinas, el naranjo macho en la pendiente, el cúmulo de piedras calcinadas y olorosas a pepita de marañón. Al margen de la quebrada está el hoyo. Los niños tiritan de frío, la sombra está helada.

—Vamos a achicarlo para que salga agua limpia. Verán, está calentita.

La tía Paulina se inclina, arrodillada, al borde del pozo y saca el agua con la totuma, la arroja a la corriente turbia. La cabellera de la

moza resbala sobre los hombros, cada inclinación revela la estructura sólida del cuerpo endurecido por la faena del campo, musculoso. El agua brota cristalina, alcanza el nivel alto.

—¿Por qué no jugamos a la vaquita y el ternero?

La voz de la tía es dulce, el tono tranquilo. Acaricia la cabeza revuelta de los niños les aprieta contra su pecho, amorosa.

—Sí tía.

—No lo dirán a nadie, ¿verdad?

—¿Ni a la abuela Rufina?

—A nadie, sino no sirve. Es un juego de los tres. No los regañaré más si guardan el secreto.

—Sí tía.

La tía Paulina desabotona la blusa y suelta los sostenes. Los pezones asoman como soles morenos, duros, alcanzan el nivel de los rostros de Juan y Carlos.

—Miren, soy la mamá vaca. Ustedes son mis terneros.

Los niños perciben la imagen de la vaca en el corral, esa tarde. Entienden el juego, el ternero entre las patas de la vaca, pegado a la

tubre gorda, amamantándose, espantando las moscas con el rabo. Entienden. La vaca muge tierna, los ojos perdidos en el horizonte del establo, rumiando la hierba. Ese es el juego de la tía, fácil, entretenido. Pegados al calor del cuerpo de la vaca ahuyentan el frío de la noche.

La tía muge también, como la vaca.

* * * * *

Los niños retozan, el aire huele a sol, a rocío delgado, a excrementos de gallina, a tortilla horneada y a café recién colado. La abuela prepara el desayuno. Los perros pedigüños se enredan en su pollera blanca. La tía Paulina friega los trastes y mira a sus sobrinos con el rabo del ojo corretear junto al asadero de pepitas, tiznándose.

—Juan, Carlos, aquíétense o.

Los niños cancelan el retozo y miran a la tía sin pestañear, sin temor. La acorralan en silencio, la vaca al corral, las vacas no pegan a sus terneros, las vacas mastican la hierba mientras el ternero retoza en el potrero. La tía sentíe turbada, en su corral de recuerdos. El juego es el juego. Vuelve la vista a los trastes, impotente. Juan y Carlos bajan correteando por la pendiente de la quebrada.

FUMISTERIA

—¿Conoces a uno que llaman Culi? — preguntó el más flaco de los tres, casi escupiéndole la cara.

Chato imaginó que podía contestar al individuo con un golpe y calibró el peso de la viga de madera echada a sus pies. Hacía ya bastante rato que trataba de localizar una moneda de diez escapada de su bolsillo roto y que, seguramente, había rodado hasta una grieta, debajo de la viga. No percibió la llegada de los individuos hasta que el flaco habló, sacándole de balance.

—Creo que sí — respondió mientras estudiaba con cautelosa indiferencia los tres rostros plantados ante él, agresivos. Trataba de recordarlos de alguna parte. Se veía que eran del ambiente, gente del hilo.

—¿Dónde, mani? — insistió el de la cara cuadrada con una voz de falsete.

Chato se irguió señalando hacia un nudo de barracas de madera descolorida edificado sobre un terreno fangoso y maloliente. Entonces, localizó la moneda.

—Es allá — dijo con la cara iluminada después del rescate. —Es mi amigo, le conozco bien, soy su hombre de confianza, ¿saben?

Trazó con la cabeza el gesto de síganme e inició la marcha hacia las galeras. Saltaron de uno en uno por la parte más angosta la pequeña corriente de desperdicios localizada frente a las barracas y caminaron en fila india por una estrecha vereda en dirección a uno de los cuartuchos del fondo.

Culí, en cuclillas, cerca de la única puerta de la miserable habitación, elaboraba los cilindros. Los cuatro intrusos siguieron ávidos los movimientos del "doctor". Vieron como sacaba de una bolsa de papel la hierba de color pastoso, ya limpia de semillas, separándola

luego en pequeños montoncitos sobre la superficie rectangular de unos papelillos previamente recortados en tamaños no mayores de una y tres pulgadas. Entonces, entre los dedos daba forma a un cilindro deforme, caricaturesco. La operación concluía cuando pasaba la lengua húmeda sobre los bordes del cilindro hasta lograr una adherencia bastante buena. No tomaba ni diez segundos entre cigarrillo y cigarrillo.

—Vaya, manot, eres la madre — dijo uno de los recién llegados.

—El papacito, mejor — dijo Culi apenas levantando la vista mientras volvía a introducir la mano en el cartucho. A juzgar por la cantidad de envoltorios, y el tiempo requerido para terminar cada cigarrillo, era de suponer prolongadas horas de trabajo. La mesa, la cama y ahora el piso estaban atestados de envoltorios cuyo destino rebasaba la venta al detal. Seguramente, se trataba de mercancía de revendedores o destinada a los clientes favorecidos por el sistema de entrega a domicilio.

—Oye doc, no seas racaño. Echale más verdolaga a esos bates. Ya no se va a podé fumá en este país. Dos pitiaditas y sanseacabó.—
agregó el flaco.

—¿Cuánto? — se limitó a responder Culí. Aparentaba unos treinta años y no los tenía. Sobre la piel cobriza destacaba aún más oscuros pequeños brotes de mugre porosa. Sus rasgos eran hindúes. Su progenitor era mandinga.

Uno de los individuos dejó caer unas monedas a los pies de Culí y tomó su parte. Los demás hicieron lo mismo.

—A mí me llaman El Conde. Ese es mi nombre de batalla, tú ve — dijo el flaco. Este es Cara de Concreto y mi otro friend es el Mudo. Somos amigos, ¿no? Podemos meterle aquí mismo, tú sabes, la batida está boba.

—Bueno, pero no armen jaleo — contestó Culí.

Los tres individuos encendieron los cilindros de la llama de una misma cerilla. Inhalaron con avidez, con hambre. Un humo tenue invadió la pequeña habitación. Culí cedió a la tentación y terminó por catar el que tenía entre los dedos. El Chato trataba de hacer notar su presencia; les observaba entrar al mundo-dream, al fabuloso mundo del relax y empezó a sentir el pecho oprimido por la ansiedad. Fumaban en silencio, tratando de no perder ni un ápice del humo, inhalado con los dientes apretados, mordiéndolo.

Unos minutos después el flaco aplaudía frenético. Se apoyó de espaldas a la pared. Tenía los ojos entornados y enrojecidos. El Mudo apoyaba las manos detrás de las orejas, tratando de formar una especie de embudo para perseguir una música inaudible y perfecta. Cara de Concreto permanecía erguido a pesar de que los párpados parecían sucumbir bajo el peso de una tonelada de sueño. Chato contemplaba la escena con inquietud sonriente como si en sus entrañas se estuviesen agitando un millar de ratas. Posaba los ojos suplicantes sobre el rostro impasible de Culí. El "doctor" ya conocía esa mirada pegajosa. No era difícil deducir su fondo interesado, egoísta. Por otro lado, siempre andaba a la caza de clientes nuevos para alcanzar su recompensa. Culí pensaba que unos de esos días iba a meter la pata hasta el cuello llevando a su casa a un policía. Se habían dado esos casos anteriormente. No es que no ayudara al negocio encontrar nuevos consumidores. Al contrario. Pero, para eso se bastaba solo. No necesitaba intermediarios y menos fumones de esa calaña, tipos capaces de acabar con las ganancias. El tal Chato pretendía fumarse un bate por cada cliente que recogía en la calle y eso era demasiado. Una locura ahora, precisamente, cuando la materia prima escaseaba.

-—Ta bueno Chato, deja de velá. Agarra tu brisa — dijo Culi entre dientes.

Chato le miró estupefacto, incrédulo. Se sintió observado por los extraños y las sonrisas alargándose como culebras a sus espaldas. Deshizo el camino andado. Eruptó agrio. De pronto estaba solo, sin nada en las manos, sin un amigo. Cuando vio la viga cruzada en mitad del camino recordó la moneda. Hurgó en los bolsillos y ya no estaba. Había rodado quien sabe dónde.

PECCATA MINUTA

La Chana llegó tambaleante hasta el punto desde donde era imposible avanzar sin irse rodando al fondo, poco profundo pero pestilente. Logró alcanzar la otra orilla. No pudo, sin embargo, mantener el equilibrio y dio de nalgas contra el suelo. La vecindad intuyó el móvil de una buena fiesta matutina y luego luego, sin que mediaran acuerdos previos formó grupos compactos, manojos de risas y cucicheos, en torno a la mujer que trataba cómicamente de volver a una posición vertical y, al mismo tiempo, de no rodar por la pequeña cuesta hasta las aguas negras y agusanadas. La

vocinglería adquirió la textura de una noche de fuegos artificiales. Mantecas quiso ayudar; extendió las manos al frente y como el gesto resultó demasiado simple e ineficaz procedió en forma definitiva introduciendo ambos brazos entre las axilas de la mujer, levantándola.

La Chana abandonó la escena gritando. Los vecinos un poco frustrados por el desenlace repentino de los acontecimientos, abundaron en detalles y, poco a poco, también desaparecieron; Mantecas, Chato y Culí (quien apareció de último y pedía detalles) cruzaron miradas significativas y aguardaron a que todos se fueran del lugar.

Por qué no la — insinuó Mantecas un poco excitado después de haber entrado en contacto con la Chana y de haber respirado la mezcla de perfumes y sudor agrio de sus sobaqueras, y de haberla restregado por detrás en forma oportunista mientras estuvo ayudándola a levantarse del suelo.

—No hagas leña del árbol caído — sentenció Culí maliciosamente.

—Te conozco, araña. Lo que pasa es que quieres comé solo. ¡Berraco! — dijo Chato.

—Vamos a vela por el lao de atrás — indicó Mantecas.

La Chana entró a su cuarto dando traspies, mascullando entre dientes. No era su costumbre amanecer en la calle. Pero, ese día, sin tener nada especial, prefirió alargar la parranda con un negro que pelaba gallinas en el Mercado Público y que conoció en la calle de la misma manera en que conoció a todos sus amigos desde que se iniciara en el negocio de la prostitución clandestina. El negro se mostró generoso con ella y esa era una de las cosas que le llegaban al alma. En esos estados de sensiblería traicionaba sus principios y el arrepentimiento llegaba cuando todo estaba perdido. Recuerda la madrugada del velorio de la hija de la Pico de Loro. Llegó del trabajo y se encontró con eso y no había ni para el café. Así que decidió entregarle a Pico de Loro el producto íntegro de su esfuerzo nocturno a pesar de que sabía muy bien de las habladurías que auspiciaba en el vecindario. Ese desprendimiento la hizo sentirse superior. En realidad, no era mucho: unos cinco dólares bien ganados que sirvieron para comprar unas tablas para el cajón. De esas cosas era capaz. La Pico de Loro no por eso dejó de chismear a sus espaldas, la muy. En esta ocasión, no se trataba de un difunto que Dios tenga en su Santa Gloria sino de un hombre, negro por añadidura. Había sido generoso y bueno co-

mo un perrito de esos que andan husmeando en los tinacos a la buena de Dios. No quiso engañarlo. No lo arrastró al hotel más cercano. Prefirió acompañarlo en la barra hasta la salida del sol, chupando como en los buenos tiempos de la guerra. Esa era sencilla y llanamente la explicación de la borrachera de esa mañana: el encuentro con un hombre legal.

Pasó el picaporte y se despojó como pudo de las ropas. Presentía el día padre que iba a pasar con tanto alcohol entre pecho y espalda, con jaqueca y con el calor húmedo apuntalando la penumbra del cuarto. Se dejó caer en bombachas sobre el viejo camastro sin molestarse en sacudir las sábanas averaguadas y curtidas como tierra seca.

Los tres amigos lograron escurrirse sin testigos por la parte de atrás de la barraca de vecindad, por el lado cubierto de malezas. Estuvieron rescabuchando a la Chana desde diversos ángulos a través de grietas no disimuladas en las paredes de madera. La carne fofa, envejecida, maltratada por los años, el abuso y los bienes corporales que dispensó sin discriminaciones de ninguna naturaleza, se estiraba sobre las sábanas mugrosas. El derrumbe de carnes y la falta de simetrías obligaban a pensar en la ausencia de días mejores; porque para

llegar a esos estados de postración casi absolutos era y es menester un maltrato sin tregua desde el bendito día del santo nacimiento. La piel curtida, amarillenta, veteada; los senos flácidos apuntando en dirección de las axilas testimoniaban hambres, goces diabólicos, maternidades frustradas, vicios y enfermedades de todo tipo y categoría.

Trabajar en la Rampla no era cosa fácil. Siempre se descoñaba una batida el día menos pensado. Aunque a veces se daban buenas épocas, sobre todo en tiempos de cosecha, y entonces se trabajaba a todo tren y se aprovechaba el auge y era cuestión de equiparse de algunas cosas para los días difíciles. Entonces era sensato adquirir alguna ropa interior, afeites más caros, colonias y perfumes fuera de lo corriente; y si la época resultaba no sólo buena sino de película, se podía hacer el abono inicial para una nueva cama, un televisor y hasta se podía pagar una buena consulta médica y un chequeo de sangre por sí las moscas. Esas épocas escaseaban para la Chana y sus clientes eran siempre los mismos: alcohólicos, pescadores por alguna razón desconocida cubiertos de paño blanco, carretilleros, vagos, marihuaneeros y, de cuando en vez, un campesino recién incorporado a la urbe o algún estudiante de secundaria tratando de iniciarse y; en fin, todo

el que estuviera dispuesto a desprenderse de una pequeña suma. La Chana no era mujer de despreciar a un cliente sólo porque careciera de la totalidad del monto de la tarifa. Era cuestión de ajustar precios. Por eso tenía mala fama hasta dentro del gremio.

Chato se introdujo por la ventana lateral. Esperó alguna reacción de la borracha y luego la despojó cuidadosamente de la bombacha. Los otros también entraron. Algunos objetos cayeron al suelo al saltar Culi. A pesar del ruido y del manoseo de las seis extremidades y la disputa por el primer turno, la Chana mantuvo la serenidad del sueño y se dejaba hacer y deshacer como una estatua de mármol. Chato, a pesar de iniciar el asalto, ocupó el último turno y soportó estoicamente, como un verdadero hombre, las humedades pegajosas de sus predecesores porque no era cuestión de obligar a la bella durmiente a un lavado en toda regla.

—Los últimos siempre son los primeros, Chato — dijo Culi.

Mantecas marcó la retirada. Entreabrió la puerta ligeramente y, como no había nadie a la vista, salió seguido de los otros.

La Chana despegó los párpados, se limpió como pudo con la punta de las sábanas y tra-

tó de cambiar la posición del cuerpo ya entumecido y acalambrado.

Pensó entonces en el hombre que había sido bueno con ella, el negro pelador de gallinas capaz de pasar sus manos agrietadas sobre sus mejillas y de decirle un piropo sano. Ella le pagó también con una buena moneda. Claro. No lo llevó al hotel para no enfermarle. No era justo después de todo.

UN NIÑO COMO OTRO

Lo confieso, nunca llegó a gustarme esa peculiar manera de mirarme, de mirar las cosas desde arriba como restándole valor, posibilidad de existencia para algo. Ahora es distinto. Estoy en sus manos y siento los dedos duros, las yemas estrujando esta piel mía, esta epidermis plástica. En esta situación entiendo mejor la causa del miedo, del temor creciente, cuando apenas era objeto de su curiosidad y no — como ahora — piel tomada, poseída. Bien sé lo que hizo a los otros, a ellos. A veces resultaba difícil mirarlo desde abajo, percibir sus espaldas un poco detrás de

los barrotes de la cuna, imaginar el sentido exacto de sus gestos interminablemente iguales, saber lo que hacía cuando la madre lo alejaba del seno o le cambiaba los trapitos húmedos y malolientes. Aunque, a veces, era posible enterarse sin mayor dificultad por lo que dejaba caer desde arriba al suelo, y luego trataba de alcanzar agitando las manos inútilmente y emitiendo alaridos hasta que Ella entraba. ¿Qué fuerza lo empuja hacia esos raptos homicida? Nunca pude explicarme la razón que tuvo para arrancar las orejas al elefante de madera tan bien diseñado, tan perfecto. Y lo que hizo con el camello, también. Eran inocentes, nada podían contra El, no podían enfrentársele y, ni siquiera, resistir, oponerse al acto de destrucción. José trataba de restaurar en el taller de carpintería las viejas formas, ensamblar las piezas destruídas. Pero, su acto no estaba guiado por ningún afán de perfección y sólo pretendía salir del paso, prolongar un poco más la agonía.

Lo veía destruir todo lo que iba a sus manos y por ello deduje que tarde o temprano llegaría mi turno; indefectiblemente sucumbiría. Ese presentimiento cobraba mayor fuerza cuando sus ojos, de una singular belleza redonda, desgajaban una ternura pegajosa sobre

cada una de mis articulaciones y ensambladuras. Ahora estoy en sus manos y lo primero que hace es exactamente lo que imaginé: separa mi brazo derecho de un tirón. La examina, prueba su resistencia, clava en mi materia los pequeños dientes apenas asomados en las encías y lo arroja lejos, contra la pared. Sostiene mi tronco bajo la planta de los pies y desgaja mi otra extremidad, y sigue.

Esta mañana despertó muy animoso. María lo bajó de la cuna, todo embarrado de pupú, lo dejó trastear en el suelo, gatear sobre la tierra roja, reseca. Antes de reptar hasta donde me encontraba descubrió dos hormigas gigantes, dos arrieras. Las empujó una contra la otra, las obligó a trenzarse por las extremidades, a luchar entre sí, a muerte. Entonces, cuando empezaba a fastidiarse, me vió.

Observa mi extremidad desgajada con ojos anhelantes, bellos. La deposita a un lado, muy suavemente, como si después del tirón temiera infringirle un daño peor, más destructivo. Mis piernas siguen en turno, las arranca, las contempla un buen rato y luego las arroja lejos, sin preocuparse demasiado por la elíptica descrita y la minúscula polvareda que levantan cuando se estrellan contra el suelo. A José le será difícil unir mis partes, volver a juntar

brazos y piernas al tronco si no tiene tacos finos, disimular los descascarillamientos de la pintura con un poco de saliva y lodo. Lo de las orejas del elefante apenas si pudo remediarlo con pegamento. El camello no tuvo compostura, era demasiado frágil, casi mortal. De todos modos, el pobre José intentará reconstruirlo en el taller. Es un hombre de buen corazón y agradecido; no puede mirar con inditerencia el aniquilamiento de una dádiva, de un regalo.

Separa, ya sin dificultad, mi cabeza y esboza una larga sonrisa satisfecha mientras indaga con un dedo en uno de los orificios del tronco humanoide. María empuja la puerta y entra; mira *las manos del niño y comprende*. Deposita la tinaja sobre la mesa rústica y lo toma en brazos, le besa.

—Dame, Jesús — le dice. — Papá José lo arreglará.

El niño suelta las piezas y rompe a llorar.

KNOCKOUT

PRIMER ASALTO. Ahí está la campana. "Calma, calma", eso dijo. Es verdad, sin apuro, primero el jab y ver lo que trae, lento, lentamente, descifrar su estilo, no es tan difícil, no tanto. Se enrosca como una culebra, las manos adelante, juntas, se piensa impenetrable el puto. Epa, epa, ojo a la derecha, si me lo dijo. Además, todos lo dicen: "tiene una derecha de miedo, la suelta por encima del hombro". Mejor resulta mantener la distancia, mucho mejor. Japearlo así, de seguido, así de lejos, sin coger chance. Oh, también japea sobre mi ojo, cabroncito. Pero no es nada,

rutina; sólo su derecha me preocupa porque la suelta sin aviso, como dicen, sólida, de verdad. Buen golpe el suyo y el mío también, de uper. Me sorprendió. *Mamá, mira mi velocidad, en la punta de los pies, ¿te fijaste? Seré bueno, un Sugar Ray Robinson, mamá. ¿Te gusta?, un Joe Lois, ¿ves? No mamá, déjame, la mecánica no da plata, te lo digo. ¿Sastre? Estás loca, eso es para mujeres. ¿Cosser? Con los puños es más rápido, tendrás carro, casa. ¿No quieres casa? Pero, si no me gusta estudiar. Vaya, vaya, viene con ganas de cocinarme el hígado, el muy vivo. Campeoncito, no te apures, cógelo suave, suavidad mani, ya veremos quien es quien, ya verás.*

INTERMEDIO. Y vuelve con la cantaleta de la distancia. Si, lo veo, está ansioso. Claro, me conviene la distancia corta, estar encima de él, acorralarlo en una esquina, en el clinch. No, no me olvido de su derecha, ¿cómo voy a olvidarla, hombre? Está bien, está bien, tiene los remos largos, pero si me acerco me mata. ¿No lo cree? Esa toalla está demasiado áspera, coño. Espera, déjame respirar, coger un poco de aire, ya viene la campana.

SEGUNDO ASALTO. El jab de nuevo, me emputa. No duele nada, pero molesta. Necio como un zagaño, pegajoso. Mira eso, ha-

cia adelante y hacia atrás, no es baile, niño. *¿Eso es lo que me toca? ¿Esa es mi parte? No, no me conformo. ¿Para qué voy a ver los libros? No entiendo nada. No me diga eso, no me diga campeón, no adule. Claro que gana bastante. Es mentira, en publicidad no se gasta ni una mierda, lo sé. Los sparring cobran una miseria. Trabajan gratis, coño. ¿Viáticos? Use su propia plata, tiene un buen porcentaje. No use la mía, me deja en la calle. Eso no está en el contrato. Claro, sé leer. Esa parte la agregé después, me acuerdo, cuando le pedí un adelanto. ¿Cómo voy a quejarme a la Comisión si todos son sus amigos? Tiene huevo. No se está quieto, no deja de moverse, de bailar. Mejor lo llevo a las cuerdas, así. Coge esa, campeoncito. Suelta. Arbitro, mire nomás como cabecea. Suelta. ¿Cómo dices? ¿De gancho? Pero, si no se deja. Ecurridizo el puto, como jabón. No insultes; sube, acá arriba las cosas son distintas. Yo soy el que se faja, el que aguanta los golpes. No haga publicidad, pues. Despida a los entrenadores, no los necesito. De ahora en adelante, nada de taxis. Deme lo que va a darme y punto. Eso, ni para la semana, le digo. Campeoncito, estás enamorado de mi hígado. Vaya, metes bien el bolo, lo metes bien, a la descuidada. Un dos, buena combinación, lo vieron, de one two; oíste mamá, no*

apagues la radio. Lo soné Margara, en pleno carón, ¿qué se ha creído? Coño, me pilló. Vaya, otra vez. Espera, campeoncito, me cabreas.

INTERMEDIO. Pero, si no me zurra nada, loco. Claro, como tú mismo dices, lo busco adentro, en el cuerpo a cuerpo, acorto la distancia, subo las manos así, así, ¿lo ves?, bloqueando y adentro, siempre. Te equivocas, no es ningún congo, no se crece a mi costilla, te juro. No ves nada. Cambia esa toalla, raspa de sucia. No he dejado de seguir esa derecha, no la pierdo de vista. ¿La derecha? Que la suelte, pues. A ver si puede. Ya salgo, ya.

TERCER ASALTO. Está bueno con el público; cabrean con eso de arriba Bebi, la derecha Bebi, el boloponch Bebi, mávalo. ¿Yo, cobarde? No le tengo miedo, carajo. ¿Tú plata? La madre que te parió, hombre. Ahora sí, con ambas manos. Y dale con el acábalo, como si fuera fácil, soquete. Ven acá, como si me fajara con un paquete. Es duro sostenerse cuando le han zurrado a uno en la quijada, de veras. Es mejor amarrarse, empujarlo a las cuerdas, así. Clinch, brother, ven acá, espera un poco, no sueltes. Aire, manito. Campeón, dame tiempo, ¿no? Un minuto, te haré ver a tu abuela, hediondo; ¿No quieres ver a tu abuelita? Sube la mano, coño. Conque de nue-

vo el uper, y el gancho. ¿Cómo lo hace? Tanta bulla por tan poca cosa; lo ven, mi derecha es buena, vaya si lo vieron, clarito, en toda la face. Hey, golpe bajo. Arbitro, así no. Ojo buaicito, estás vendido, oblígalo a subir las manos, no respondo. ¿Cómo dices? ¿Abajo y arriba? ¿Quién lo entiende? Estás gufi, deja las señas a un lado, chico, sólo tengo dos manos, ajo. Vaya, la campana.

INTERMEDIO. Ya no es como antes, viejo. Masájame la espalda, duro. Antes, ayer no mas, era joven, había que ver. ¿Te acuerdas? *Gancho abajo, la misma mano arriba, de sorpresa, a la cara, en la punta de los pies. De lo que traes llevas, manito. Sangre, entonces a buscarlo. Eso, por todo el ring, para el decisivo. Todo bien pensado, con la derecha, sin miedo, como tiene que ser. Al suelo. Uno, dos, tres, vaya. Hasta diez, hasta cien, la mano arriba, los aplausos. ¿Cómo? Ah, si, la campana.*

CUARTO ASALTO. Vamos campeoncito, aporea; eso, eso. *No mijo, yo no quiero que seas boxeador. ¿Zurraste a Betito? No lo vuelvas a hacer, es tu amiguito. Coge ese nickel y comprate un cuaderno. Mira mi cara, está fea, corlada, ñata. Anda, ve a la escuela. No, no irás al gimnasio, mejor estudia, busca profesión,*

mijo, buen swing, estudia mecánica, aguanta brother, o sastrería, aguanta esa mano, campeoncito, te rinde más cuenta, porque me falta aire, te lo digo yo, mijo, la experiencia, aire la plata es para otros, apoderados, entrenadores, queridas, tii sabes. Deja ese jab pendejo, mosca, te zurren de lo lindo, quita, y ellos cobran toda la plata, toman tragos, salen con mujeres, hasta cuándo campeoncito, hasta cuándo.

INTERMEDIO. ¿Cómo voy a salir de las cuerdas? Aparta ese amoníaco, coño. Un golpe, sí, lo sé. No lo repitas. Un sólo golpe, sino estoy frito, ¿verdad? No me importa un carajo con mister White, que se muera de rabia, ojalá. Mentira, no ha invertido un coño. No hombre, no estoy dormido. Dame el protector. No seas cabrón, tiras las toallas y te mato. Te mato, lo oyes, que si qué.

QUINTO ASALTO. Mierda, me dio duro. La metió por arriba, la derecha, ya lo decía. No te suelto, vergajo. Piensas que voy a dejarme caer. *No quiero estudiar eso, sastrería.* Como tires la toalla, te mato, *mirón mirón*, pronto me levanto, *estudia mecánica mijo*, me levanto, ves, *no gaste en publicidad, mister White.* ¿Por dónde va la cuenta? ¿Cuatro? Huele raro aquí. *Si, Margara, estás preñada; le pondrás Pedro y no será boxeador.* ¿Seis?

Pellín, tome el purgante. Ajá, siete, ya me levanto. Pellín, los hombres no juegan con muñecas. ¿Ocho?, ya, ya. Te compré un carrito mijo, de cuerda. Puta, nueve; cuentas muy rápido, cabrón. ¿Diez? Te hice un hijo, Margarita, te preñé. ¿Qué me levante? No me digas pendejo, no.

DOS JUNTOS SEPARADOS

Sintió el impacto sobre la sien y se desplomó. El vaho de la tierra húmeda y las hojas podridas llenó sus pulmones antes de perder el sentido. *Se inclina en lo más alto de la cuesta. Mira a todos abajo, al final, azuzándole con las manos; a Carlos con los brazos cruzados sobre el pecho y, aunque no puede distinguirlo bien, sabe que sonríe, imagina sus crispaduras de gozo y la jactancia. Antes de intentar el descenso calcula la distancia y la inclinación de la cuesta. Es demasiado peligroso y piensa que mejor sería arrepentirse, romper la apuesta. De todas maneras Celeste lo pre-*

fiere sin necesidad de arriesgarse, de darle gusto a Carlos. Mantiene un pie en la tierra y otro en el pedal, inmóvil. Cierra los ojos invocando al Dios automático, subconciente. La vieja bicicleta no tiene frenos y un neumático está desinflado y la inclinación es demasiado violenta. Gira el timón a la derecha, sin pedalear, deteniendo su propio impulso, la caída. Luego, a la izquierda, bordeando la cuneta, siguiendo el plan trazado de antemano: deshacer los niveles en zig zag, descender en espiral, pedalear hacia arriba y hacia los bordes de la carretera recién asfaltada y sin aceras. Palidece cuando las ruedas salen de control y empiezan a perseguirle. Descubre la inutilidad de aplicar frenos imaginarios o la punta del zapato en la rueda delantera. Comprende que no puede volver a la espiral, a esa velocidad caería de lado. Se aferra al timón. El pavimento gira cruzado de líneas veloces. Siente el calor de la sanore en las mejillas; la verguenza, no el miedo. Mira a todos apartarse, la mueca de Celeste, el gesto irónico de Carlos, el espanto de los otros. Se desploma, los gritos, el parloteo de los obuses, los simétricos aplausos de las ametralladoras terminaron por extinguirse. John trató de descorrer la noche aplastada contra su cara y, cuando finalmente pudo entreabrir los ojos, a pesar de la tierra y la paja,

en forma automática se llevó la mano a la frente para tocar el dolor y entonces tocó la sangre y luego los labios de la herida. Volvió el cuerpo hacia el cielo, estiró los brazos en todas direcciones, tratando de alcanzar la vieja bicicleta en alguna parte, y sus dedos se aferraron al M1. Abrió los ojos y donde pensó estaba Celeste localizó al enemigo.

— 2 —

Avanzó como una gacela entre la maleza y los arbustos. Ni los insectos (abundantes en la región) ni el filo de la hierba agresiva y lanceolada parecía afectar seriamente la piel pálida del guerrillero, apenas enfundado en unos pantalones antiguamente blancos y en unas plantillas elaboradas rústicamente con el neumático de algún vehículo destruido. Estuvo a prudente distancia observando los cadáveres dispersos. Los había emboscado y tenía todo el tiempo del mundo para hacer un registro minucioso mientras el resto de los guerrilleros avanzaba hacia un nuevo puesto de observación. Cuando estuvo muy cerca pudo observar el movimiento del soldado aferrándose con angustia al M1 y, entonces, corrió. *Está inclinado sobre el surco; la tierra preñada y*

puntanosa sostiene las espigas cuajadas. Sus manos sabedoras del oficio, bajo la sombra magnífica del sombrero de paja, seleccionan, distribuyen el alimento en las cestas. También otras manos a poca distancia, más viejas y más jóvenes y más ágiles y más torpes, cubriendo distancias doradas de racimos, repiten los gestos de la cosecha en una danza de siglos. Ahora se sienten los motores. Algunos levantan las cabezas. Otros tratan de arrancar la espiga más cercana. El miedo que palpita duro bajo las costillas los empuja hacia los refugios improvisados en la tierra. Las bombas empiezan a caer. Las llamas se extienden y el arroz se dobla por el espinazo. Los alaridos suben hasta el cielo envueltos en humo y plegarias. El aire está encendido, arde en silencio, quema la piel como un fuego invisible; se siente y no se ve. y se riega sobre la cosecha y los cuerpos humanos. No suelta lo que toca y la carne y la tierra y las espigas alcanzan una dimensión de agonía mucho más honda que la muerte. Alguien grita: napalm. Entonces comprende y por enésima vez el miedo le oprime el pecho. Sale del refugio, corre, lleva en los oídos tantas quejas y dolor gritando que gruesas lágrimas hielan su rostro quemado. Regresa. Contempla la noche y el miedo en los rostros de su gente, la ceniza blanca y volátil sobre los

escombros de las chozas y una soledad como no ha visto otra en su vida cubre los antiguos arrozales y algunos arbustos deshojados como fantasmas bajo la mirada perdida de los niños semidesnudos y silenciosos, bajo la luz de una luna inmóvil en el cielo como un Dios. La cosecha está perdida. La tierra está muerta y los amigos están muertos. Corrió hacia él y con el pie, enfundado en la extraña plantilla de neumático, contuvo el gesto ambiguo, impreciso del extranjero colocándolo, con rudeza, sobre la culata del M1.

— 3 —

Do Kien apoyó el índice sobre el gatillo, mantuvo el cañón apuntando hacia el estómago del soldado como para enfatizar algo que saltaba a la vista y que no era otra cosa que "te tengo a mi merced y cualquier cosa será definitiva". Con la punta de los dedos, que sobresalían ridículamente de las plantillas de neumáticos, arrojó el M1 a unos pocos metros del soldado que, entre otras cosas, no sabía si levantar las manos, arrodillarse y rogar por su vida o tratar de sorprender al enemigo. *Se inclinó es un renacuajo puedo ponerlo fuera de combate de una bofetada le retorcería el*

cuello como a una gallina oh Dios si pudiera echarle mano y puso una rodilla en tierra. Con un movimiento del arma y la cabeza al mismo tiempo le indicó se pusiera en pie. El soldado alcanzó una postura vertical. Apretando el arma contra el hombre se echó hacia atrás si se le ocurre atacarme tendré que disparar varias veces es demasiado grande me gustaría llevarlo vivo a la aldea y que todos lo vieran de cerca y lo escupieran y adoptó, a pesar de poseer el arma, una actitud defensiva. John recogió el casco de acero y después de colocar el pañuelo sobre la herida lo ajustó con las correas corredizas a la barbilla. Distinguió el cadáver de Peter, bocabajo, la cara enterrada en una especie de lodo que se había formado de su propia sangre y la tierra. Joseph, contra el tronco de un árbol, en actitud de dormir la siesta, exhibía dos orificios sobre las sienes y una desgarradura un poco inexplicable sobre el maxilar inferior poniendo en evidencia los molares. El resto yacía en forma natural a su nueva condición de cadáveres poseídos por la violencia: bocas abiertas, músculos crispados, ojos fuera de órbita gracias al cielo oh gracias a Dios por permitirme seguir vivo pudo ser peor tan sólo soy un prisionero aún puedo salvarme los otros

no tienen esperanza no tienen esperanza no tienen esperanza.

Empezó a caminar adelante y sabía que un ojo de mirada única y larga y un hombrecillo insignificante, sin botas, una caricatura amarillenta, un renacuajo de ojillos hambrientos, semidesnudo y tal vez analfabeto, seguían atrás con bastante odio como para aburrirse e intentar un punto final a la obra iniciada con Peter y los otros y *la madre pálida de antemano, llorosa, en el umbral de la casa y Celeste y los niños detrás, como en ascuas, mientras el cabo hace entrega formal del pésame y la medalla y del: murió en cumplimiento del deber y por la democracia y, más allá, en el parque, muchos niños que serán futuros soldados y algunos ancianos ya veteranos y sobrevivientes de guerra aprovechan la primavera para disfrutar a sus anchas* un escalofrío le recorrió la espina dorsal hasta el ano cuando el ojo de mirada única le hurgó bajo las costillas. Se percató de la humedad de la guerrera adherida a la piel. La noche se aproximaba *no debo correr ningún riesgo al comisario le daría mucho gusto tener un prisionero pero si intenta algo lo mato se trata de su vida o la mía es tan grande que tendría que disparar muchas veces y la aldea se perfiló al final de la planicie.* John divisó a lo lejos las pequeñas cho-

zas de bambú *parece extraño que nadie haya intentado un rescate debió venir un helicóptero o una nueva patrulla* e intentó una maniobra desesperada: trastabilló falsamente y se viró sobre el eje del tronco logrando asir el cañón del arma que lo apuntaba, pero no pudo desviarlo a tiempo y el enemigo, con los ojos espantosamente abiertos, presionó el gatillo varias veces. El soldado sintió el ruido más que dolor de los impactos sobre el pecho y se dobló lentamente como el tronco de una mata de arroz bajo el peso de las espigas maduras. Do Kien lo contempló mientras se doblaba *lástima lo quería vivo lo quería vivo* y luego se dirigió a la aldea sin volver el rostro.

LA PEQUEÑA GUERRA DE JOHN

Aferrado al timón de la máquina roturadora, catando el almibarado sabor de los surcos abiertos, el vaho de las resquebrajaduras, menos profundas cerca de promontorios nucleados de roca o cascajo húmedo, John pestaflea, sacude la cabeza, sin ninguna impaciencia, la restrega al dorso de la mano, limpia el sudor que baja desde la frente y hieren sus ojos y saben a sal y a fatiga en el bajo mediodía de Arkansas. Contempla el vuelo de las aves en la abertura celeste: colman las fisuras, boquean en la navegación; propagan el rito milenar sobre la tierra reblandecida; hunden sus picos,

escarbando el alimento primario. A John le invade una felicidad sin origen, limpia, indecifrable, cada vez que mira la diversidad de los planos, la promiscuidad de colores. El verde caracoleando en las proximidades, detrás el azul intenso y por encima celeste y gris, no color: la transmutación de matices coronados por simetrías de nubes en un hueco sin galope, en la distancia.

El joven John no concibe una vida marginal al paisaje abierto ante sus ojos, lo descifra en sus intimidades sobrecogedoras, violentas. Es un gozo que viene desde siempre, inscrito en la memoria del establo, en los granos de la multiplicación, en la pradera menos agreste, sin esterilidades bajo las aspas de arado y la abonadura reciente, sacudida en las noches del reposo por el ulular del ferrocarril que cruza desde Camden a Little Rock, a la urbe sin tiempo. Su vida está allí, en el tractor que lame la tierra y la hace parir año tras año, en la reunión dominical de los más jóvenes después de la misa en la iglesia de madera, olorosa a pino adusto, a Virgen María. Vida tranquila, próspera, redondeada los sábados en el local del viejo Sam, el mostachudo irlandés organizador de bailes y alcahuete, en donde conoció a Dorothy, la que le revelara los secretos de la car-

ne una noche de Pentecostés: la cara difícil del mundo, la del pecado.

Percibe al cartero, el uniforme azul y la gorra con el distintivo de metal devolviendo los rayos del sol, la bicicleta arrimada a la caballeriza, el sobre en la mano de la tía Clara, tan blanco como su temblor. John se pregunta de quién, de dónde, y cierra la corriente, acelerando a fondo, en cambio neutro, para dejar la combustión en estado latente, la ignición a punto, como debe ser cuando la máquina tiene muchos años de uso y no se tenga dificultad para el arranque después del enfriamiento, al regreso, cuando reinicie la labranza antes de la modorra vespertina, con los peones dispersos.

— 2 —

Están sentados a la mesa. El humo de las viandas distribuye un olor penetrante de guiso y cebolla, de tristeza trashumante. Los sollozos de Christine torpedean la hora del recogimiento secular, la Oración de Gracias. El joven John, ajeno al gimoteo de la vieja, hojea entre líneas, debajo del sello oficial, el rostro dicharachero de la buena Dorothy en un marco de hierbas, sobre unos peñascos redon-

dos al margen del Ouachita, entre bramidos de vacas y pestilencias de pezuñas salvajes. La tía Clara sostiene el sobre entre sus manos como una posesión de la que no querría separarse jamás, ajusta la chapa con un movimiento oscilante de mandíbulas mientras se hunde y recrea en una perorata lastimera sobre la inevitabilidad del servicio, el honor de la familia ahora en manos del pequeño John desde que el abuelo Charles se uniera, hace tantísimos años, a los Confederados.

—Es la guerra — dice. John mira a Dorothy detrás de los tipos de imprenta, la imagina distante, desnuda entre los peñascos del río o en esa oscura hospedería de Camden, donde experimentó matices diversos, olores fuertes y greñudos, volcánicos y sanguíneos, apenas diluidos por esencias de alfombras desinfectadas y sábanas olorosas a detergentes baratos. Imagina el lugar a donde debe marchar y se pregunta si se encontrará otra Dorothy, otros matices, llanuras tan vitales como las suyas, en Arkansas.

La voz del sargento, incorporada al paisaje de uniformes, detrás de las tiendas de campaña, remueve la memoria de su padre (siempre por encima de los relinchos y el gorjeo de las aves, voz, voces, vozarrones confundidas *arriba John* atención *ensilla* soldado al suelo *calienta los hierros* un dos un dos un dos imbecil *siembra esa semilla* cava esa trinchera, acelerando el entrenamiento, transformándose en soldado, a tres meses de Christine, tía Clara y Dorothy, sumergido en un orden de actos ejecutados sin voluntad, chocantes, inútiles, ajenos a su temperamento como lustrar sus propias botas, coser la rotura de los pantalones, hacer la cama, levantarse sin los gallos, al alba, bajo la taladrante mordedura de la corneta, junto a los fulanos del regimiento con los que intima en los simulacros, en la selva, en regiones pantanosas, metido hasta el cuello en el lodo, imaginando el lugar a donde estaba finalmente destinado) cuando dijo a la formación, bajo el asta de la bandera:

— Están listos, muchachos. Pronto estarán en el frente.

La silueta se desplaza bajo sus ojos, agazapada, tratando de no ser vista en la espesura, entre los matorrales y el humo, emergiendo de la emboscada, sobreviviendo al ataque de artillería, a la densidad del fuego, avanzando hacia la boca del lobo no obstante, a la mira del fusil. John dispara y casi puede ver la uña de plomo perforar la espalda del hombre; lo mira arquearse hacia atrás, caer, restregarse en la tierra y quedar mirando al cielo, la boca abierta sosteniendo el grito, la queja a media asta, mientras las hojas chamuscadas siguen cayendo de los árboles y la corteza terrestre retumba.

En el acampado, después de la jornada, no se sorprende cuando sobre la culata, con la punta de la bayoneta, imprime una nueva raya y hace la cuenta, mentalmente; calcula el número de enemigos que han pasado a mejor vida por sus manos y las compara con la cifra de sus compañeros. Está decidido a mejorar la marca de Peter, el mejor tirador del regimiento, cuyo fusil parece una cebra de tantas, tantísimas rayas adheridas al lomo.

Aprieta el chicle dulzón en los molares y ejercita la memoria de sucesos ya lejanos por las tantas cosas ocurridas en el breve espacio

que va desde la despedida de madre Christine y tía Clara en el andén, en Texarkana, a donde tuvo que ir a tomar el tren, hasta el momento de liquidar por la espalda a ese hijo de mala madre, semidesnudo, cuando reptaba entre las matas con un susto de los mil demonios, tratando de escapar. No quiso tomarlo prisionero porque un hombre vivo no da rayas y no sería justo terminar la guerra por debajo de Peter.

— 5 —

John convalece en un hospital, en Saigón, lejos del ruido de los obuses, las voces de mando y los avances y retiradas sobre objetivos "estratégicos", en la densa selva. Aprendió a burlarse, en el peligro, de cierto tipo de órdenes emanadas del alto mando, que nadie entendía ni explicaba, como para compensar algunos momentos de ansiedad incontrolable en el acuartelamiento, en la espera de una incursión repentina del enemigo, fuera de lo común, de naturaleza insospechada, como era ya inveterada costumbre y a las que nadie en su sano juicio podría acostumbrarse. En el lecho, viendo hacer a la enfermera, recordó aquella colina sitiada por órdenes superiores

durante dos largas semanas, tomada al fin por puro gusto, porque no se encontró allí un alma con vida y hubo que iniciar la retirada, volver al punto de partida, también por mediar una orden superior, sin pena y sin gloria y sin nuevas marcas en las culatas de los fusiles. Esa vez tuvo miedo. El avance era impedido desde arriba, con metralla y morteros y aunque el teniente al mando aplicó las famosas tenazas, en el ascenso, y una operación limpieza a todo dar, no hubo verdadero contacto con el enemigo, como si todo el tiempo se hubiera estado combatiendo con fantasmas. En esa colina tropezó con una bala. En el hospital de emergencia le aplicaron un torniquete sobre el muslo. Pero, como suele ocurrir en estos casos y cuando le llega a uno la de mala, el helicóptero vino a su rescate al amanecer, cuando ya había perdido mucha sangre y la calentura le debilitaba por momentos y lo enfrentaba a visiones amargas, en el sueño, en el delirio y en el miedo. Mira a la enfermera de ojos rasgados, de piel amarilla y piensa cómo sería con ella, en Ouachita, entre los peñascos.

No pudo saberlo nunca. Recibió la baja y embarcó de regreso, a casa. Tenía la certidumbre de perder la apuesta con Peter y se alegraba porque tenía una excusa inobjetable. Viajaba en un destroyer, rumbo a los Estados Unidos, con escala en Manila, junto a otros veteranos de guerra, con mejor o peor suerte de la que él tuvo, según los casos y según desde el punto que se viera. Trata de acostumbrarse a ver como cosa natural a los verdaderos mutilados sobre la cubierta del barco: gente muy joven arrastrando las muletas o sin brazos, comunicando cierta alegría sin gozo, una risa sin sonido, como si envidiaran no a los que aparentemente regresaban ilesos sino a los muertos, a los que hacían la larga travesía del Mar de China hacia el Pacífico, encajados en caja refrigeradas y que serían sepultados en sus pueblos, con bombos y platillos, envueltos en la bandera, como héroes, como prototipos del hombre americano. John piensa que ese no es su caso, apenas si cojea y sabe que con un poco de esfuerzo estará bien del todo, como antes de abandonar las llanuras de Arkansas, las pequeñas y cojonudas razones de la existencia entre vacas que pastan, cerdos devorando mazorcas de maíz, perros ladrando la bienvenida en el recodo de la huer-

ta y Dorothys, por montones, desparramadas sobre las alfombras de los moteles, bajo sus pezuñas salvajes, de soldado. Ahora, se distrae mirando el mar, las aletas de los tiburones cuando cortan la superficie del agua y los islotes difusos en la bruma del horizonte.

— 7 —

— Has cambiado, hijo — dice madre Christine, en el umbral, la cabeza hundida en el pecho. — Te cambió la guerra.

La madre Christine ha visto a John cuando golpeaba inmisericorde al viejo perro, a Doggí; ha penetrado en su brutalidad nueva, en sus ademanes demasiado bruscos y torpes y en esa rara forma de hablar masticando las palabras, despreciando todo cuanto le era familiar en otra época, adscrito, en la comunidad del hogar.

— Uno se hace hombre — le dice.

Eso dice y, sin embargo, presente que madre Christine no está equivocada. El mismo se ha sorprendido en mitad de la blasfemia. Inútilmente trata de apagar el odio que inflama su corazón cuando las cosas, antes indiferentes, se le niegan, se le escabullen de las ma-

nos, se hunden en sus propias razones sin aristas, en sus planos incambiables, antiguos, y en los que ya no cree, ni atiende ni obedece. Esa tarde, en Camden, Dorothy se le negó, no quiso bajar a sus ingles, meter la cabeza entre sus flancos, emular a la prostituta filipina, a la María del puerto, en Manila, durante la escala. La golpeó para que aprendiera que con los hombres no se juega.

La alegría del regreso desaparece con los días. Piensa incorporarse a la peonada, a la recolección y los músculos no obedecen, también se rebelan al mandato; están cubiertos de una mohosidad de rechazo y desprecio por esa tierra tan llena de lejanías y desencuentros con su propia naturaleza humana, distinta, metamorfoseada. Entonces, concibe la idea de la fuga.

Nadie llega a despedirlo a la estación.

UN HOMBRE DESHABITADO

Cuando el chevy llega, se detiene, y el silencio morado perdura, goteando en agonía, detrás del parabrisas opaco y el ronroneo del motor antes de cerrar la llave, presientes una oscuridad, una especie de aterrizaje de emergencia en las condiciones menos favorables, en la niebla, en el frío, y esa misma imagen, como en un sueño, la trasladas a una ciudad unilateralmente nocturna, a una mazmorra típica del siglo 13, a una galería de hospital de mohosa claridad. Sí, te enconchas como una tortuga, hundes la cabeza en esa caparazón ausente, plegadiza, de recuerdos velludos, áspe-

ros, y la escuchas sin verdaderas ganas *te necesito* y aprietas los puños hasta sentir dolor del bueno, ese que arde en las coyunturas, en las vísceras, en los zapatos y cierras los ojos para mirarla por dentro, extensa en su maquillaje de actriz perfecta para Dama Boba. Cada palabra suya da en el blanco, en el mismísimo centro, marca cien puntos y sientes la velocidad de la ruleta, la voz ronca del tallador imponiendo un ritmo a las cartas *no fue mi culpa, eso pasó, no tiene remedio*, fijo, paralelo a dos lágrimas apuntando en sus conjuntivas, sin declararse.

Su voz baja de una catapulta, suena como un amago de bilis guillotínante desde ese paladar suyo y un cansancio atroz te posesiona porque algo, como un letrado luminoso colgado en la marquesina de un hotel, anuncia fin de fiesta *es inútil inventar una excusa, lo sabes bien, me conoces*, el despelote, los músicos disparan el arranque, las puertas se abren para el pueblo cuando todo, acaba, tiene gracia. Piensas en Diana, divorcio por mutuo consentimiento, una bicoca, la cara apagada de ese juez que no parecía juez sino tahur o maestro de escuela rural, todo parecía menos juez. Pero, piensas sobre todo en la niña, la descubres hacia dentro, marginal, escombros reactivos en el atolón de Bikini, toda ojitos y cabellos on-

dulantes diciendo papá de esa manera como a tí te gusta, metiendo la manita en la sopa y junto a tu lecho en la vigilia. En ella piensas, en su manera de quebrar la noche con un gemido volátil *quiero explicar las razones, no fue mi voluntad, las cosas se presentaron así, no de otra manera* de llanto aéreo y entiendes mejor cómo duele olvidar porque ese divorcio, esa actitud de hombre Viceroy no constituyó un acto de liberación deliberado como tratabas de dar a entender *sufro las consecuencias, de veras, sufro* porque no es lo mismo, no puede ser lo mismo, inventar domingos para Rosita, empujarle un caramelo de paternidad los días de fiesta si durante mil años estarás repitiéndole esa cucharada de medicina mala, purgantes de ausencia, vomitivos *algo debemos decidir, trazar una línea, un puente* de soledad traumática, ¿entiendes? Crecerá sin padre, naturalmente.

Pones tu mano sobre su boca, no quieres detalles, no necesitas nuevas alternativas, aderezos insustanciales; no más gotas de limón en el trago. Detrás del parabrisas auscultas un vómito gelatinoso, cargado de salitres, el eructo agrio de esta noche junto al mar, la noche abierta como un esófago, como un castigo tácito, invisible. Ahora puedes precisar que las piernas de Rosita no son tan frágiles, soportan

peso, soportan olvido *el viaje era un pretexto de ellos para separarnos, estoy segura* y también el amor que derramas sobre ella la tarde de cada domingo cuando pregunta por esos días sin verte, anotados con rayitas verticales en un cuaderno. Eso era lo que trataba de darte a entender cuando me preguntaste, estás solo, estarás solo, completamente deshabitado como esa casa que habitas ahora, con el techo agujereado y por donde asoma, cuando llueve, una gota de agua intermitente y moja el piso y forma un charco en las juntas impermeabilizadas por la edad y la mugre. Recuerdas, ahora, como colocas los recipientes bajo la gotera *estuvo en el aeropuerto a recibirme, me instaló en su propia casa, eran instrucciones de mis padres, yo no sabía, me empujaban* cuando sería más fácil trepar al tejado y cubrir el hueco de una vez por todas, como debe ser en estos casos. Se terminaría la joda, tendrías el tiempo necesario, todo el tiempo, para arrellanarte en el sofá sin miedo y ordenar el mundo, el tuyo. Te has sorprendido esperando los días de lluvia para colocar recipientes debajo de la gota, ese juego tonto de agotar las horas esperando que el agua esté a punto de superar los bordes para correr al lavabo, vaciar y regresar a todo tren calculando el número de gotas perdidas sin re-

medio en esas idas y venidas. Esa es tú personalidad, el recogegotas por antonomasia, lo sabes bien porque *no hubo salida, nos acostamos juntos, esa es la verdad* eso explica tu primer matrimonio, el embarazo te obligaba, no podías desamparar esa preñez, no podías ni siquiera pensar en obligarla a un aborto. Alguna vez aguien te dijo que eras inhumano *contigo era distinto, era otra cosa, sin maldad,* y ahora tú mismo te haces esa pregunta. No encuentras la respuesta, naturalmente.

Ahora recuerdas más o menos la época, Juana metió las uñas en la polilla, los naipes se vinieron abajo, Diana era un montón de cenizas apagadas, Rosita apenas una existencia vaga, sin título. Carecían de significado allí, en Juana, en su estereotipada fascinación de fémina a punto. Abandonaste lo que ya habías abandonado, *estaba podrida, lo sé, por eso lo hice, para lavar mi imagen* y Juana, en su perspectiva, silogística, asaltaba planos, introducía recursos en el crucigrama; no eran fraudes, en realidad era ella. Volviste a tus ocupaciones habituales, a la clase de Filosofía pulverizada por ese viejo profesor de canas metafísicas *puede ser tuya, déjame probar* agustino para rematar; a las chupatas ocasionales, al cinematógrafo, a las exposiciones de pintura, a las conferencias, a todo cuanto mi-

metiza y desmorona construyendo. No tomaste la vía de la Rosita, el alto stop de Diana. Era imposible, a fin de cuentas, demasiado tarde para naufragar. La recuerdas, a la Juanita de los primeros tiempos, tejido regenerado sobre el muñón tumefacto, callejón entre muros *no me importa abandonarlo, irme lejos, irnos* mientras preparabas la estocada del divorcio, el mutuo consentimiento para abreviar, la excusa callejera, perruna.

Pasaste por momentos difíciles, lo recuerdas. Pero, era cuestión de tiempo, de pasar un trapo húmedo, empapelar los recursos de los padres de ella para volatizarla, la opinión de los amigos de Diana y de tus propios compañeros de chupata (uno de ellos hasta descubrió desviaciones morales en tu conducta ambivalente). Explicabas aquella cosa simple *no necesito más, simplemente seré tu amante, tu mujer de ocasión* del mutuo consentimiento y aquella vez embrutecido por la bebida confesaste que la amabas, a Julia, y que la otra era un aparatoso accidente automovilístico. Esas fueron tus verdaderas palabras, textuales. Cuando te habló de ese viaje a Suramérica, aduciendo la insistencia de sus padres, pensaste, con ingenuidad, en que venía a perillas para tus propósitos de divorcio por mutuo consentimiento y demás basura. Que-

rías tener todo arreglado para cuando regresara, confiaste en tu buena estrella (que nunca fue buena) sin pensar en las otras piezas del juego y en otra gente capaz como tú de hacer bien las cosas y los crímenes perfectos *podemos vernos, te lo aseguro, como ahora.* ¿Cómo pudiste olvidar que no eres más que un recolector de goteras?

Tus planes eran buenos. Lo tenías todo arreglado. Los cuernos del toro estaban en tus manos, el mutuo consentimiento y todo lo demás. Volviste a la Universidad, hasta te simpatizó un poco San Agustín, la bobera de la Ciudad de Dios y otros cuentos. No te basta las horas felices, los dardos, las mutilaciones del tiempo, el aguante, y tienes el rostro endurecido, las manos crispadas, no has robado el fuego a los dioses, Prometeo de pacotilla, la telaraña se ha disuelto.

Le cubres la boca con ambas manos, le dices que no puedes aceptarlo, todo aquello, no es tan simple le dices, no es tan simple. Ella llora, te duele verla llorar y te satisface con rabia. En medio de los dos algo grita, quema, y no sabes ya nada, nada. Abres la puerta del chevy, precisas el chirrido de los goznes, te despides, te echas a caminar y sientes el viento nocturno batir la melena de los ár-

boles de la costa, menudas gotas de agua salada salpican tu rostro ya piedra o fosforescencia muerta.

A tus espaldas el ruido del motor se aleja y tú también notas que te alejas.

SALON DE CLASES

La bola de papel rebotó suavemente sobre la nuca de Ricardo. Las risas menudearon, dispares, susurrantes, a sus espaldas. Reprimió las ganas de mirar, de volverse y mentarles la madre. Hizo como si nada hubiera ocurrido. Localizó la pelotita en el suelo, inmóvil, arrugada, y trató de imaginar a los que se encontraban sentados, atrás. Le vino a la memoria el Flaco y Damián. Siempre estaban en plan de jodedera. Como estudiaban poco, a menudo se estaban metiendo con los que sacaban mejores notas, haciéndoles la vida imposible a los de la primera fila, a los clase a. Jaime

también era del grupo de atrás y podría. Pero, ninguno de ellos acostumbraba a hacerlo dentro del salón. Esos molestaban en la hora de recreo y, además, era fácil eludirlos. Pensó, entonces, en Benedicto. Alimentó esa certeza y le dolió saber que no se iba a equivocar con respecto al Chombo. Los otros no iban nunca demasiado lejos, no arriesgaban el pellejo, no se exponían realmente. Benedicto iba hasta el final cuando se la velaba a alguien. Trató de fijar la atención en el libro abierto, sin concentrarse de veras y se dio a la tarea mecánica de pasar hojas, como si buscara. Una bola de papel, con un núcleo sólido, golpeó sobre su nuca y nuevamente las risas hirvieron como ratas en el fondo de una olla. Alguno lanzó una trompetilla. La carcajada se generalizó.

—¡No jodan! — se volvió, los ojos húmedos.

De pronto comprendió que era demasiado tarde para arrepentirse. No premeditó las palabras y esa espontaneidad seguramente le perjudicaría. Era una trampa y resbaló; a otros le había ocurrido lo mismo. Esa leve protesta implicaba un desacuerdo, confirmaba un desacato a cierto orden establecido, previo. Imposible desandar el camino, pedir perdón, humillarse, decir: olvídenlo. No bastaba, no le

dejarían o, en todo caso, sería merecedor de una penitencia mucha más cruel, inhumana: cagar a la vista de todos o caminar por la Avenida Central con un rabo de papel tejido a una hora de mucho movimiento, como le había ocurrido a otros. Unos segundos, al volverse y decir "no jodan", bastaron para atrapar esa certidumbre derramándose de las sonrisas blancas, irónicas. Estaba en la primera fila. No le sería difícil levantarse y correr, nadie saldría a perseguirlo, a armar jaleo. Se contuvo porque sabía que después iba a ser peor, le tomarían por marica, de cocora, como a Javier. El muy tonto a las primeras se fue con el cuento al director y, como no pudo acusar a nadie en particular, se fregó. Benedicto le dio una tunda de Padre y Señor Nuestro y le hizo a advertencia de algo peor si se rajaba de nuevo ante las autoridades. Así se estuvo, con la cruz a cuestas, hasta que lo cambiaron de colegio.

Ricardo dejó de mirar la puerta con ansiedad. El maestro se tardaba. Lo imaginó con la maestra del quinto, la interina. Desde que llegó no le perdía pisada. Tenía por costumbre obligarles a repasar las clases del día anterior mientras se iba tranquilamente a cortejar a las maestras, sobre todo a las nuevas, a las recién graduadas. Cuando le iba bien,

regresaba como un alma de Dios y daba gusto verlo: cuentos, chistes, nada de lecciones. Si algo le salía mal, entonces venían los exámenes, la pagadera de los platos rotos.

—Miren al pajarito — dijo Benedicto.
—Habrá que aleccionarlo, muchachos.

Las risas cesaron. Benedicto tenía la batuta, marcaba el compás.

—No te dejes, Ricardo — dijo a media voz Rafa, a su derecha.

¿Qué podía decir Rafa? No era el que iba a recibir los trancazos del negro. “No te dejes”, le dijo, como si fuera soplar y hacer botellas.

—A la salida te saco el alma — insistió Benedicto.

—No me asustas — respondió. Era una bravuconada, pero el otro había decidido y era inútil pensar en algo mejor. Benedicto necesitaba hacer otra demostración, demostrar que era el más macho, el mejor. A Ricardo le había llegado el turno, como a Javier.

El maestro llegó al aula con el rostro sombrío y, enseguida, urgió por una hoja de papel para la prueba. Algo debió salirle mal con la maestra Forencia, de seguro. Escribió

las preguntas en el tablero y ocupó el pupitre, pensativo. Ricardo se esforzó por terminar de primero. Pensaba irse con permiso después de entregar la prueba, ganar un poco de tiempo. El maestro no lo autorizó porque no pudo dar buenas razones y, cuando regresaba frustrado a su banca, observó el puño cerrado de Benedicto apuntando hacia él.

El aspecto de Benedicto atemorizaba al más plantado. Su piel oscura, áspera, el pelo en-sortijado, la nariz achatada y los labios gruesos incrustados en unas mandíbulas cuadradas eran signos de una evidente, desconocida rudeza. Además, Benedicto gesticulaba constantemente, a propósito. Al caminar, balanceaba el cuerpo y la cabeza, como un gato siempre al acecho.

Un papel vino de atrás, de mano en mano, silenciosamente. El maestro no se percató de nada. Ricardo lo desenvolvió sobre la banca. Las letras estaban desfiguradas, intencionalmente:

*Detrás de Roosevelt
Tu padre*

La noticia de la pelea circuló de boca en boca después de la salida de clases. Acordaron reunirse detrás del Hotel Roosevelt, a un costado de la Avenida 4 de Julio, en unos

terrenos baldíos cubiertos de maleza y desperdicios. El círculo abigarrado se formó debajo de unos arbustos, en torno a Benedicto, el primero en llegar. Ricardo llegó poco después, con Rafa, su solidario. Escrutó a Benedicto despacio tratando de encontrar una señal, la puerta conducente a un arreglo de otro tipo, sin puños. Descubrió, entonces, que el otro no lo excedía en estatura y peso. "Somos coteja" pensó. El Flaco serviría de árbitro y se interpuso entre los dos, con la mano estirada al frente.

—El que pega primero mientras madre
—dijo.

Benedicto dejó caer la mano abierta sobre el dorso de la mano de Flaco, en señal de que mentaba madre, y se lanzó adelante. El puño cerrado rozó la oreja de Ricardo, enrojeciéndola. Se movió de izquierda a derecha, con la guardia en alto, en la punta de los pies, soltando zarpazos, barrejobos, sin alcanzar el blanco porque Ricardo se defendía bien, hacia atrás, con los brazos como escudos, sin atacar. Intentó abrazarlo y rodaron por el suelo, entre los desperdicios. Benedicto pudo, al fin, golpear con los nudillos sobre el rostro de Ricardo después de sentarse sobre su estómago e inmovilizarle los brazos, bajo las

rodillas. Cuando Ricardo logró zafarse empujándose con los pies, tenía un hilillo de sangre en la comisura de los labios. Apenas escuchaba los grtos de los demás, azuzándoles.

Benedicto no pudo acabarlo pronto, a Ricardo. Resoplaba como un toro, la boca abierta, los gruesos labios colgando húmedos, también sangrantes. Ricardo se había convertido a última hora, en un hueso muy difícil de roer. Sabía meter bien sus golpes, con astucia, sin arriesgarse mucho. Lo dejaba venir, lo esperaba. Ambos se agotaron pronto, seguían la lucha por puro orgullo en medio del círculo vociferante. Flaco intervino, separándolos.

—Ya está bueno. Declaramos un empate, ¿verdad muchachos?

Ricardo sintió una corriente de simpatía a su alrededor. Un empate era más de lo que podía esperar y le bastaba. Sentía dolor en todos los huesos y en la espalda, y reía por dentro. Benedicto cargaba con la derrota. El que lanzaba el reto debía ganar, estar por encima ampliamente, no dejar la menor duda. Tomó sus libros de manos de Rafa y avanzó rodeado de rostros y reconoció, entre ellos a

algunos de los antiguos humillados, mirándole con ojos de aplauso.

Benedicto seguía atrás, con sus amigos.

* * * * *

Rafa sintió la pelota de papel, rebotar sobre su nuca. Sabía de quien se trataba. No era Benedicto, por supuesto. No abusaba desde la pelea con Ricardo y, además, como mejoraba en las notas tenía un puesto mejor, casi adelante, entre los buenos. Rafa no cometería el error de volverse y protestar. Era el más pequeño del grupo, se quedó quieto, como si nada. Ricardo volvió a arrojar la pelotita desde atrás y las risas retozaron dentro del aula, alegres.

LAS TARANTULAS DE MIEL

— 1 —

Por supuesto, su trabajo, nada que decir. Se gana la vida, la conserva en el tiempo, mimética entre los rostros y las inmersiones, bajo los párpados de la noche, estructuralmente absorta, secuente, acoplada. Entenderlo tiene sus problemas, su caja de Pandora. No porque desconozca y tema (tal vez tema) en realidad. Tiene su encanto vivir dentro de normas fijas y romperlas, en mi caso, aunque superarlas deje un sabor a tierra. Los sonidos, tensión y disonancia brusca, las luces giran

como aletas de galápagos; colores de agotamiento lumínico penetran mi memoria, arañan. El alcohol no sirve de nada, bebo por puro gusto, casi por no beber. También la miro, la escudriño, atraviezo ángulos, agota las estructuras de la danza bajo los reflectores, se desdobra como una pertenencia impune, púdica. Hago el ridículo, cierto, mirándola así, en la fosforescencia y el humo. La sensación de una gatra de tigre horada mi pecho, danza allá; yo miro debajo de la mesa, quiero saber si traigo calcetines, si uno es rojo y otro azul, si la gente se ha dado cuenta y disimula no mirarme. Trato de hacer lo que todos, estar en la escena, marcar el compás, aplaudir como un péndulo, en fin: una catástrofe.

No exploro, estoy simplemente, stop obligado por una ponchadura de neumático, así de simple, un como silencioso placer de destornillar, elevar varias toneladas con un juego de palanicas, gato hidráulico, punto de apoyo, metafísica del equilibrio. Luego luego arrancar a toda velocidad, sentir el olor del aceite quemado, la inmundicia del escape.

Ana escénica, apoteósica. Anita en la luz, descubierta, anegada por espasmos de coreografía y el índice, pelícano, áspid transgrediendo al público, hiriendo (la idea es sub-

terránea), muerde los pliegues de la expectación, delirio sin llegar al tremens, lavativa, intento de escalar techos, vacíos, enhebrar una aguja en la oscuridad. ¿Arte? ¿Cornucopia en despojos? Una mujer de nalgas aéreas, antes. Antes y después de Anita escupe el vientre por la boca, gira el esternón sobre un eje de pubis, presiona la anatomía bajo las yemas, cimbreante. No hay nada que hacer, lo digo.

Interpreta baladas en tiempo de Mona Bell, campana mona, tizne. Después de la canción llega a la mesa, mis manos embarradas de aceite (es temor, lo juró) tocan su suave pelambre, su piel de nutria curtida. La miro con ojos de alpinista, la desnudo más allá de su desnudez, escalo por su silencio, soy un gato. La Rosa vino con ella, se sienta, ingiere tragos velozmente, mete cháchara, chistes peores, preciso la diferencia entre pez y pescado, lo uno en lo otro. El pez atrapado en la red puede luchar, revolverse, tratar de tamizarse por un hueco, al final se resuelve: crepita en el fondo de una sartén.

La cosa sigue, se habla. Yo soy tú eres él es. Los modos y los tiempos del verbo, los adjetivos sustantivos, viceversa; se habla, se cubre cada palabra con algo de fuego digno como para estar arriba, en la altura, demos-

trar que, un poco a la izquierda, se es distinto por aquello de la cultura universitaria y esas cosas. Reconozco mis incongruencias donjuanescas, trato de dejarme llevar, un poco a la derecha soy un extraño dispuesto a utilizar el extrañamiento como un recurso, una estrategia. Puedo simplificar todo el proceso, traquear sobre sus muslos un billete nuevecito, de veinte, hundir el acelerador, tocar botones, buscar la hendija en la puerta para dejar caer los tres dólares oh, Anita, techo, neumático desinflado, y consumarme en ella, humillarme. Es la manera de acabar de una vez por todas, para siempre. Después no costará nada despedirse, será eficiente más allá de los espasmos, me dirá al oído que gozó una multitud con esa humildad amazónica trazada bajo sus pestañas como un arco, caballo me dirá.

Busco otro camino, la comunicación en otro plano, la angustia intelectual, a ver si me las puedo. Por eso hablo de su país (después me daré cuenta que no tiene país), sacudo viejas nostalgias, desempolvo calles sin origen, plazas, bosques de pino en la encrucijada del cielo, la muda adolescencia. Se aburre. San Cristóbal Santa Lucía Gran Bretaña Mapocho Las Condes, vuelos cinematográficos, sitios fraccionados, nada cuentan. Conozco

cadera abundante previa abandona el estrado; el canto de Ana introduce ahora planos sucesivos en la diversidad. Percibo un anhelo de darse en el canto, una plenitud frustrada bajo la corteza del vestido mínimo, senos agitados, respiración marchita.

— 2 —

Lo conozco, a Enrique. Miro su cara de tribu pálida, chocante. Ana está ausente, una semana que falta, sin motivo aparente. La Rosa seduce a dos funcionarios, acumula fichas; les sale cara la caricia agazapada por debajo de la mesa, el roce de los muslos. Me ha presentado a Nicho, el amante, lo deja en mi mesa para tener las manos libres.

—Chupa tu trago, Julio— me dice Nicho.

Su charla es un parloteo de caño y detritus. Se extraña de mi sobriedad, es el centro, habla de sí mismo, se ama; lo otro es algo que se deduce de su propio punto de vista: "las nuevas son todas malas", dice.

—La ves, a la Rita— señala con el dedo.

—Tuvo sus cosas conmigo, buen evento, sabrás.

—¿Cuál? — pregunto.

—La negra, la patona — dice. — Me busca. Tiene el gusto en la boca, todavía. Le hice un buen trabajo, ¿comprendes?

Enrique estruja mi mano, lo hace para que lo vea auscultar con la izquierda bajo las vestiduras abigarradas de la Trugi, en la mesa contigua. Estira la boca como una cortina de cinematógrafo, goza. Señala a la Rebeca en el escenario: — Es un hembrón — me dice.

La tal Rebeca intenta una danza sicodélica, su cuerpo semidesnudo, vigoroso, liso, está dividido en secciones, bajo la cintura gira un péndulo de reloj antiguo, las manos impulsan un bote imaginario (van de adelante hacia atrás, impulsándose). La fonomimia de acto sexual seduce las miradas, humedece entrepiernas, aupa palmoteos.

— Esa pelá tiene sal — dice Enrique. Debe hacermé caso, arrancar de este país antes que se pudra.

Me muestro de acuerdo, disgrego. Fijo las coordenadas de su tipo, triunfaría en París, Londres o Nueva York. Abundo: no recomiendo Suramérica, mercado limitado, competencia dura, nalgas de obra barata, excedente de cubanas después de Castro, tipología co-

mún, sandeces sobre las cuales no estoy de acuerdo cuando las digo: —En todo caso, le conviene Europa, agregó.

— Pigalle, Molino Rojo, Monmartre, el acabóse, una panameña en París, fiesta mani, revulú — dice Enrique abriendo el cinematógrafo, las cortinas de la boca.

Los aplausos, las manos sobre las manos (el acto de Rebeca está más allá de lo escénico) agitan el minimundo creado por suspiros, maxilares colgando cuando la bailarina inicia el mutis por una puerta lateral del escenario.

Enrique aprovecha el vacío lleno con la voz del maese de ceremonias para informarme sobre Ana. Dice que está enferma, la ha ido a visitar (como siempre, recalca), y no percibió rastros de enfermedad alguna, motivo de ausencia. Ese interés por la salud de Ana (nada repentino) me sobresalta.

Enrique aparece de pronto, sin mayores referencias, gélido, superpuesto, incrustado entre Ana y lo que pretendo. Tiene pose de ganador, clase. Capto su estatura extrovertida, ciclímica; el tipo de hombre capaz de extraer metales preciosos de la roca viva. Su expresión, y la expresión de esa expresión, es exagerada,

intento de ser sol sobre cuyas órbitas girasen todos los procesos habidos y por haber. Lo imagino ahora enfundado en un bikini, reemplazando a la Tuigi, detrás de las marquesinas inventando la manera de dejarse ver, frente al micrófono, ocupando el sitio de Ana,

Se confirma mi tesis, poco a poco. Cuesta creerlo. En el mundo de Ana, Enrique es una presencia. Tener la certeza me confunde y alegra. Puedo, desde ahora, establecer mi estrategia, mis defensas, mis ataques. No es lo mismo que avanzar a ciegas, por lo pronto. Enrique lleva en vilo, sobre sus hombros, metal de valores que desconozco y Ana por alguna razón está implícita, le es congruente. Soy un impostor, un advenedizo sin advenimiento, un principiante con ínfulas de parroquiano sin parroquia. —Enrique la corteja— dice Nicho. Trata de bloquear mi asalto, delata un acento de fidelidad perruna.

Enrique no guarda quietud. Tamborilea sobre la mesa con los dedos, zapatea. Una ecuatoriana con aspecto de india peruana ensaya un corrido mexicano con acento típico panameño y Enrique gimotea, hace pucheros, bejrea auténticamente, roba auditorio. (Miro a la ecuatorianaperuanamexicanapanameña con los pelos parados de punta, odiándole). Se le

vanta como un bólido, besa la mejilla de una corista sin nombre, saluda anfitriónicamente a otras cortesanas, en otras mesas y con otros hombres, en una ostensible demostración de padrote ejemplar, unívoco.

—¿Apuntaste a Ana en tu lista?— pregunta Nicho, aprovecha la dilación de Enrique, su hiperactividad en relación con la Tuigi, Rebeca, Nargasgrande, Meneíto y otras, metidas en la noche, entre los clientes esquinados, beodos.

—No tengo lista— le respondo. Me molesta el tono lambiscón, la actitud felina, obcecada. —Alguna vez será. No creo que me satisfaga.

—¿Que qué?

—Eso.

—Te gusta la hembra, ¿no?

—No tanto.

—No te entiendo.

—Es sencillo. No puede hacerse de cualquier manera. No sin un ajuste, algo en que apoyarse.

Nicho me mira por debajo de los ojos, perverso. Calcula el significado de la frase.

—Flintoso.

—Es posible.

La Rosa llega a la mesa con un trago para Nicho, lo robó de la botella de los funcionarios, se esfuerza por escuchar, encadena frases sueltas, las une, tercia intuitivamente con indiferencia interesada, afirma una pura inocencia entre Ana y Enrique.

—Son amigos— dice.

Redondea la figura: hijo único mimado incomprendido, locario, jugueteón romántico borrachito irresponsable buen muchacho y, por lo tanto, Ana no le toma en serio. El tono confidencial de la Rosa me incomoda, me evidencia, rastrilla mis fortificaciones, la actitud de poco importa que quiero demostrar, de viva la vida y vengan los tragos, en ese tinglado sin réferi y sin buena mano de poker. En el fondo, la Rosa simpatiza conmigo, cree que está haciéndome un estupendo favor.

Estoy tentado a no persistir en el encuentro, mis posibilidades de movimiento están limitadas. No soy un integrado a pesar de las semanas que llevo en esto. Me siento como un peón en el tablero de ajedrez destinado a perder la cabeza en nombre de un rey y el cómodo desplazamiento de una reina (la reina Ana con mallas, micrófonos y fichas) sobre torres, alfiles y caballos. Inútilmente trató de provocar una cita fuera de ese universo tan suyo, pelota de goma en sus manos, azúcar y miel naufragando en océanos de Johnnie Walker y candilejas. Es capaz de entender mi perplejidad, lo inútil de inventar horizontes y palomares, dibujar corazones atravesados en la corteza de los árboles, peces sobre la arena, arrojar piedra sobre los pelícanos, caminar descalzos sobre líquenes crepustulares, subir hasta la copa de los naranjos para contemplar el abandono de los nidos, el tiempo derruido de la melancolía. Ella rechaza ese mundo esrúpido. Es concreta, práctica, ignora ese territorio infantil por temor a la ceguera, al abismo oculto en toda sencillez. "Eres un topo", le dije; y me miró desdeñosa, esquivada cruel, como sólo puede serlo una prostituta natural. Sin embargo, no pone el punto final, desde-

ñosa se me acerca, consume el licor que pago, deja sobre la mesa las llaves de su casa para que no me marche, obliga mi claudicación.

Hoy tampoco está, no llega después de siete días de ausencia desalentadora y alegre. Una luz de semáforo en mi mente indica precaución, calma, stop. Ese no estar suyo permite un cierto tipo de regocijo, permite una ofensiva en la guerra subterránea, ocupar la plaza, atar cabos, indagar. Ocupo la mesa al fondo, casi al instante se acercan (supongo una mecánica celeste, calcetinezca o cenagosa rigiendo los desplazamientos de esas libélulas humanas) Nicho y Rosa, continúan hablando, bebidos, a viva voz (algo así como sobre) el alquiler del departamento, la poca independencia entre ambos, la exigencia del propietario del inmueble, la necesidad de correr un número en el programa porque la Tuigi vomita en el servicio, uno de los dos debe pagar la luz, en fin, sobre cual de los dos debe quedarse callado. Los observo. La Rosa termina por levantarse (supongo una excusa), y ocupa una mesa junto a dos consumidores.

— Al carajo! — dice Nicho. — Puerco que no da manteca.

—Hace el esfuerzo — digo, señalando a la Rosa coqueta, sonriente, en la otra mesa.

Se perfila otra noche similar, monótona (pez en pecera, tigre en jardín zoológico, pájaro en jaula de mimbre) lejos de toda inmensidad marina, selvática o aérea, junto a ese aprendiz de chulo, oveja con piel de lobo. Nada que hacer ni siquiera esperar, regodearse en las figuras simiescas, fosforescentes, alucinantes, impresas, a manera de murales, por artistas anónimos en las paredes de la boîte. Entonces, pregunto por Ana.

Nicho, aprendiz de chulo, putafiero, mecánico, beodo, clava los codos en la mesa, levanta las manos hasta los ojos como para buscar una pieza diminuta, microscópica, un resorte resbaladizo, un engranaje desdentado; hace girar la cabeza en sentido planetario, se inclina hacia delante, parpadea como el parabrisas de un automóvil.

—¿Es verdad que no....? — pregunta, recreando el acto en las manos.

—No — le respondo. Dejo al descubierto mi incapacidad de seducción, un poco más, no importa. Me contemplo ejecutando el peor papel dentro de aquel escenario, no parásito, no idiota, no paganini agudo, sino el peor papel.

— Estás quemado, Julio — dice. — El Quique (se refería a Enrique) arrancó con Ana, de week end, sabes. Si le da gusto, se la queda, de oficial, salario y todo. Si insistes — repitió el acto de recreación con las manos — tendrás que soltar lana, pagar trago en pila, te saldrá caro. Te alelaste, brother.

Dice todo esto pausadamente, recalcando, mordiendo cada palabra como si al deber de informar agregara un gozo, un orgasmo, una plenitud de vida, el desahogo de una náusea negra por el cuello de una botella.

Esta noche el espectáculo se inicia más temprano. El waiter cambia la vasija del hielo picado, los vasos vuelven a llenarse, vaciándose y llenándose, vaciándose y llenándose, y las chicas, a una señal de la coordinadora, abandonan las mesas (no sin antes pedir a los clientes que aguarden por ellas), penetran en el camerino, y en cuestión de minutos se despojan de las prendas exteriores e inician ordenadamente el desfile hacia el escenario.

LA VENTANA

Cuento adicional publicado
a solicitud del autor.

— 1 —

—¡Negro sucio!

El grito seco llega desde la acera contigua. Me asomo a la ventana y puedo ver lo que pasa. Es Billy. Sí. Grita y Jeef corre. Vuelve la cabeza. Se detiene jadeante y, luego, sigue corriendo. Puedo verlo todo desde la ventana. Nadie lo sigue. Ese Billy.

—¡Eh, Billy, ya ajustaremos cuenta! ¡Esto no acaba ahora! ¡Ya verás!

—¡Calla asqueroso! ¿Por qué no bajas, pues?

Si pudiera bajar. Lástima. Padre acostumbra a dormir con la llave debajo de la almohada. ¡Ya vería ese! Le rompería la crisma de un solo puñetazo. Sí señor. Eso haría o dejo de llamarme John.

Son las siete de la mañana. A mí no me gusta esta calle. Hay muchos blancos y no puedo salir a las horas que quisiera porque siempre ocurre algo. Tampoco me agrada este segundo piso y esta casa vieja. Lo único que puedo hacer es asomarme a la ventana y ver lo que pasa.

Jeff es mi amigo. Es más joven que yo, creo. Pero, no mucho, me parece. Ha dejado de correr. Mejor así. Lleva una bolsa en la mano. Seguramente vino a comprar pan y no quiere dificultades con ningún blanco como Billy. Jeff es así. ¿Por qué habrá venido tan lejos? Todavía tiene que andar cinco o seis cuadras. Cerca de su casa hay un almacén. Estaba cerrado, seguramente. El pan debe ser para Mary. Sí, a Mary tienen que atenderla muy bien. Desde que murió Papa Jeff, ella (es bonita) resuelve todo en casa. Mama Juana está muy vieja. Sólo sirve para lavar y aplanchar ropa de alguna gente blanca. Así

es. ¿Qué otra cosa puede hacer una negra vieja? Yo creo que las madres no debían envejecer nunca. Tampoco morir. Jeff quiere mucho a Mary. Por eso vino tan lejos a comprar pan. Sí, por eso. Si yo también tuviera una hermana como Mary, tan bonita, haría lo mismo. Yo creo que mi madre hizo mal en morir.

Jeff está seguro de que no lo siguen. "Los blancos gritones son unos cobardes", pensaría. Sí, eso pensó. Lo conozco bien. Pensó eso para darse valor. Las cosas no andan bien aquí y todos tienen miedo. Hasta el mismo Jeff. El lunes hubo manifestaciones y piquetes en la ciudad. Sí. Algunos negros entraron en lugares sólo para blancos. Y hubo choques. La policía utilizó unos carros grandotes, con mangueras, para mojar a la gente. También soltaron unos perros y golpearon con unos palos largos hasta a las muchachas que cantaban en las calles. Jeff y yo lo vimos todo. Lo conozco bien. Es mi amigo.

—No te alejes demasiado de casa— advirtió Mama Juana.

—¿Y la escuela?— preguntó.

—Tendrás que esperar la calma— fue la respuesta.

Eso también dijo padre. Por eso no puedo salir. Pero, Jeff no es alguien de estarse entre cuatro paredes. Eso no. Y tiene razón. A nadie le gusta eso. Ni a los blancos, supongo. Al principio Jeff y yo nos alegramos. Esa tarde también el maestro nos había dicho:

—No vengan a clases.

—¡Bien!— dijimos.

Lo malo es que golpean a gente de nuestra raza y entonces no podemos salir de casa. Algo debe hacerse. Sí señor: no ir a la escuela y que tampoco golpearan a nuestra gente. Las dos cosas sería bueno. Al padre de Carolina le rompieron la cabeza. A Jeff le dolió mucho. Será porque le gusta Carolina. Es bonita, me parece. A mí también me gusta.

Jeff cruza la calle, ahora. Lo hace para no pasar frente a Charlie's Boite. Odia ese lugar. Me lo ha dicho. Creo que es porque en la puerta hay un letrero que dice: sólo para blancos.

No sé porque un letrero lo preocupa tanto. En muchos lugares está escrito eso mismo. Es lo primero que aprendemos a leer aquí. Así debe ser en todas partes, me imagino. Y aunque no esté escrito, así es. A Jeff no le gusta estudiar. A mí tampoco. Es mi amigo aunque a mí también me gusta mucho Carolina.

—Mejor me buscas un trabajo— le dijo una vez a Mama Juana.

—Estudia— contestó ella.

—Red trabaja. Déjame probar. Puedo limpiar platos en lo de Richard. Me pagaría hasta un dólar, sabes.

Entonces Mama Juana le sonó la cara con su mano regordeta. Jeff no soltó una lágrima. Pero se estuvo toda la tarde en la plaza, dando vueltas alrededor de la carpa, y ni siquiera se atrevió a visitar a Carolina. Regresó muy tarde a casa. (Yo creo que regresó porque tenía hambre). Encontró a Mamá Juana llorando. A ella le había dolido más. Seguro que sí. Así son las madres, creo. Le acarició la cabeza y le dijo:

—Mi niño tienes que estudiar. Sentar cabeza. Si un negro estudio no vale nada, un negro bruto es peor.

—Estudiaré música, pues— respondió.

—No— dijo ella.

—Seré boxeador, entonces.

Así es de porfiado. Mamá Juana piensa que Jeff tiene ideas raras en la cabeza. Será porque se crió sin padre o porque sólo tiene nueve años. A veces creo que es bruto y a veces

creo que es inteligente. No se que pensar. Una vez Mama Juana le dijo que no podía entrar en la capilla de los blancos:

—Los negros tenemos que ir a la carpa de la plazita.

—¿Por qué? —preguntó— ¿Cuántos dioses hay?

—Uno solo, mi niño— respondió ella.

—Así lo quiere El, ¿no?— insistió.

—No, mi niño. Eso es cosa de los blancos— trató de explicar.

—Yo creo que los negros debemos tener un dios aparte— objetó Jeff y, en ese momento, preferí largarme.

Esa noche Mama Juana rezó con muchas lágrimas en los ojos. Al otro día la observé pidiendo consejos a Viejo Esteban. Tenía los ojos entojecidos como brazas. Por eso lo sé.

Ese es Jeff. Tiene ideas raras. Pero es bueno y es mi amigo. Quiere un Dios negro para los negros. ¡Qué ocurrencia! Siempre habla de esas cosas y a veces nos maravillamos. Nos divertimos mucho cuando nos cuenta esas cosas en la escuela. Piensa en angelitos negros corriendo por las nubes y tocando tambores y cornetas. Y

nos dice que allí todos seríamos felices. Nosotros nos reímos y a veces también pensamos que así debía ser. Ese es Jeff.

— 2 —

Selma, Alabama, un mes cualquiera de un año reciente. Las organizaciones secretas de los blancos decidieron impedir cualquier nueva manifestación integracionista en Selma. Celebraron una reunión pública en la mansión de Hendon, Gran Cíclope del Ku Klux Klan, y dispusieron, en medio de aplausos y aclamaciones, mantener hasta el fin las posturas segregacionistas.

—¡Hasta cuándo negros!

—Es necesario apoyar a las autoridades locales frente al Gobierno Federal. ¡No queremos que se metan en nuestros asuntos! ¡Si demostramos debilidad todo se echaría a perder! ¡Nosotros si sabemos cómo tratar a los negros!

—¡El alcalde y el gobernador cuentan con nuestro apoyo!— gritó abiertamente el Sheriff Barnette.

—¡Sí!— respondieron los encapuchados.

Esa noche colocaron una cruz, envuelta en llamas, en el patio de la casa del reverendo Esteban. Nadie habló del combustible que utilizaron.

El fuego parecía tocar el cielo despejado de Selma.

—Nuestra lucha es pacífica. Eviten las provocaciones de nuestros hermanos blancos. Permanezcan en casa todo el tiempo posible y manténganse siempre en las cercanías del ghetto. Oren. El Señor está con nosotros.— Así habló el reverendo Esteban ese domingo.

—Buena manera le estar con nosotros. ¿Acaso no es un Dios blanco?— refunfuñó Jeff y Juana, su madre, le pellizcó la oreja. Todos se volvieron al escuchar el quejido.

— 3 —

Jeff empujó suavemente la puerta y penetró en la estancia tratando de disimular la agitación que lo embargaba después del susto y la carrera. Ninguna de las dos mujeres reparó en su estado. Una semipenumbra invadía el pequeño aposento atestado de objetos: camas, muebles, radio, planchas, bicicletas, retratos de familia, reloj, ropero, ropa colgando,

libros.... Parecía que un trozo de noche y sueño hubiera decidido permanecer toda la vida en aquella habitación desordenada.

La cafetera humeaba y Mary, impaciente, ya había decidido desayunar en el camino cuando entró Jeff. Desenvolvió el pan sobre el pequeño y blanco mantel de la mesa y, con premura, improvisó unos emparedados. El comité local integracionista tenía una reunión importante. Se iban a tomar acuerdos relacionados con el futuro de la organización. Era necesario interesar a otros núcleos de la población en la Gran Marcha sobre el Capitolio. Faltaban pocos días para el acontecimiento y todo el país estaba pendiente. Y también el mundo.

Jeff miró a su hermana de hito en hito como siempre acostumbraba a hacerlo. Es bonita, pensó. Era una moza de carnes firmes y apretadas, de mediana estatura y de finos ademanes. Cuando el viejo Jeff vivía pudo completar sus estudios de Filosofía en Filadelfia. Después tuvo todo el propósito de trasladarse al norte. Allí, en Washington, los negros constituían el sesenta por ciento de la población y eso multiplicaba las posibilidades de una buena colocación. Era maestra en Selma; pero le interesaba enseñar filosofía en una es-

cuela secundaria. Tenía buenos contactos y no le llevaría mucho tiempo colocarse en uno de los tantos colegios mixtos de Washington desde donde bien podría hacer una buena labor para los hermanos de su raza.

Pero, Selma la atrapó. No pudo evitar ser una de las primeras en acudir al llamado del reverendo Esteban. Pronto pasó a ser una de las figuras principales de la organización integracionista local. Ahora era demasiado difícil cruzarse de brazos y abandonarlo todo.

—¿Cuándo?— preguntaba la vieja Juana.

—Pronto. Cuando alguien me reemplace aquí— agregaba ella.

A las siete y treinta abandonó la casa y no se sorprendió de la claridad del día. Era una mañana común y corriente en Selma. Respiró profundamente y se dirigió a la plazita. El reverendo Esteban aguardaba reclinado a un hidrante. Sostenía la Biblia en la mano derecha.

—Vamos— dijo— los demás han de haber partido.

—En marcha, pues.

El automóvil avanzó lentamente hacia las afueras de la ciudad. Ya no era posible reunirse en cualquier parte. Ni el ghetto era se-

guro. El Ku Klux Klan cuenta con "investigadores" secretos y una reunión, si no se tomaban todas las precauciones, podría muy bien ser localizada. Habían acordado, por ese simple motivo, reunirse en sitios distintos cada vez. Los jefes de grupo —y posiblemente los que poseían automóviles— eran los únicos que sabían con verdadera exactitud el día, hora y lugar de reunión. Se les encomendaba para que recogieran al resto y para que los condujeran, con la mayor reserva, a los sitios previstos.

La pareja abandonaba la ciudad por el este. Mary vestía esa mañana —como era su costumbre— en forma sencilla y llevaba un fino sombrero que más bien parecía un pañuelo de esos usados para asistir con solemnidad a las congregaciones religiosas. En eso ocurrió

—¡Cuidado....!

Nueve disparos de armas automáticas hicieron blanco sobre el automóvil. Uno de los proyectiles se alojó en el cuello de Mary. El reverendo perdió los controles y la máquina avanzó en zig zag unos veinte metros adelante hasta que se estrelló con la cuneta.

Alguien trasladó al reverendo Esteban al hospital. Media hora después llegó el forense al "lugar de la tragedia" —como informara

un periódico— y una ambulancia trasladó a Mary a la morgue.

— 4 —

Sí. Mary murió. Todavía no capturan al asesino. No creo que quieran capturarlo. ¿Para qué? Nada se remediaría. Eso no nos puede devolver a Mary viva. Murió. Yo la ví. Es extraña la muerte. Si hubieran querido agarrar al asesino habrían hecho como en las películas. ¡Esos sí que saben hacer las cosas! No recuerdo cuando mamá murió. Dice padre que yo estaba muy chico entonces. Por eso lloré mucho en el entierro de Mary. Lloré por Mary y por mamá. También por Jeff. El no lloró. "Es tonto llorar", me dijo. Yo creo que Jeff es malo. Nunca será predicador. Lo sé. O tal vez no sea malo sino fuerte. ¿Quién sabe? Mamá Juana gritaba y gritaba. ¿Qué será de ella, ahora? Está muy vieja para trabajar. Tendrá que hacerlo hasta que Jeff esté grande. O tal vez lo deje ir a trabajar a lo de Richard. Lavará platos, entonces.

Otros estaban allí. Pero, parecía que estuvieran en otra parte. Cerraban los puños. Y hasta decían malas palabras. Afuera estaba la policía y un carro lleno de perros. Alguien recitó:

*"Allá, en el sur, lejos, en Dixie
(cadáver que el alto aire hamaca)
pregunté al alto Señor Jesús
de que sirve la plegaria....." (*)*

y Viejo Anselmo se disgustó mucho. No sé por qué. Algún día lo sabré, seguro. A mí me gustó mucho lo que dijo ese muchacho y por eso lo copié. No importa que Viejo Anselmo se disguste.

Estoy de nuevo en mi ventana. Puedo ver todo lo que ocurre en la calle. Ya Mary no está. Es difícil imaginárselo. Allá abajo la gente es la misma. Caminan. Conversan y se dan la mano. Se despiden. Gritan y corren. A veces es divertido. Llegan en automóviles. Unos bajan al sótano de Charlie y otros siguen de largo. El letrero sigue allí: sólo para blancos.

¿Dónde estará Jeff, ahora? Puede haber ido donde Carolina. A mí me gusta mucho. Pero, se la dejo. El la necesita más que yo. ¿Qué será de Mary? Jeff dice que está en el cielo de los negros, convertida en un angelito, porque cuando los grandes mueren, y son buenos, vuelven a ser niños. Así tiene que ser porque

(*) Versos de Langston Hughes.

sólo los niños pueden ser ángeles. Si existe ese lugar, Mary y mamá deben haberse encontrado y deben estar jugando. Sería hermoso. Mary diría a mamá: John es buen chico y es amigo de Jeff y hasta le ha dejado a Carolina. Así no importaría la muerte. Así los blancos no verían a los negros. Allí tendríamos que poner un letrero bien grande que diga: solo para negros. ¿Cómo iban a vivir los blancos y los negros en el mismo cielo? ¿Cómo iban a jugar juntos?

Allá va Billy. Algún día dejaré de verlo desde acá arriba. Bajaré y me las cobraré todas juntas. Ya sabrá ese....

—¡Eh, Billy, tenemos una cuenta pendiente. ¡Lo oyes!

—¡Baja, pues-

Se echa a reír, saca la lengua y me enseña los dientes. Se burla, sí. Pero, esto empieza ahora. Algún día bajaré. Estoy seguro.

ORDEN DEL LIBRO

	Pág.
VELADA VELADA -----	7
LA SORPRESA -----	12
EL JUEGO -----	18
FUMISTERIA -----	23
PECCATA MINUTA -----	29
UN NIÑO COMO OTRO -----	36
KNOCKOUT -----	40
DOS JUNTOS SEPARADOS -----	47
LA PEQUEÑA GUERRA DE JOHN -----	55
UN HOMBRE DESHABITADO -----	66
SALON DE CLASES -----	74
LAS TARANTULAS DE MIEL -----	82
LA VENTANA -----	97

Se terminó la impresión de este libro en la ciudad de Panamá, en junio de 1970, en los Talleres de INDUSTRIAL GRAFICA, S. A., bajo los auspicios de la Dirección Nacional de Cultura del Ministerio de Educación.

La Edición consta de 1,500 ejemplares.

Las Voces del Dolor que Trajo el Alba y, luego, en 1961 con el libro Despedida del Hombre. En 1969 obtiene el primer premio en Cuento y Poesía, en el Concurso Ricardo Miró, con sus libros Peccata Minuta (cuentos) y Los pájaros regresan de la niebla (poesías), constituyéndose en el primer escritor panameño que logra adjudicarse ambas secciones en un mismo certamen. Otros libros publicados: Panamá, Incendio de Sollozos (agotado), Mayo en el Tiempo y Despedida del Hombre.



"A manera de resumen, bien podemos decir que en la docena de cuentos que integran *Peccata Minuta*, Pedro Rivera ubica al hombre por encima de tierra determinada; que lo presenta en su agonía de ser finito, y en esto logra universalidad y logra —estructuralmente hablando— exponer el drama humano dentro de los tres tiempos o momentos de las viejas preceptivas: exposición, nudo y desenlace, tan apretadamente que parecen ser uno solo. Pedro Rivera, pues, al cultivar con maestría el cuento, responde a aquellas conocidas palabras de Cortázar: "Un buen cuento" —dice el argentino— "es incisivo, mordiente, sin cuartel desde las primeras frases". Y el drama de ser que presenta Pedro es precisamente así: hecho en condensación, instantaneidad, compacidad emocional y estética. Y estas características son precisamente el segundo punto de unión, de allegamiento entre la poesía y el cuento de nuestro joven escritor panameño."

Gloria Guardia de Alfaro